

PUNTO ROJO

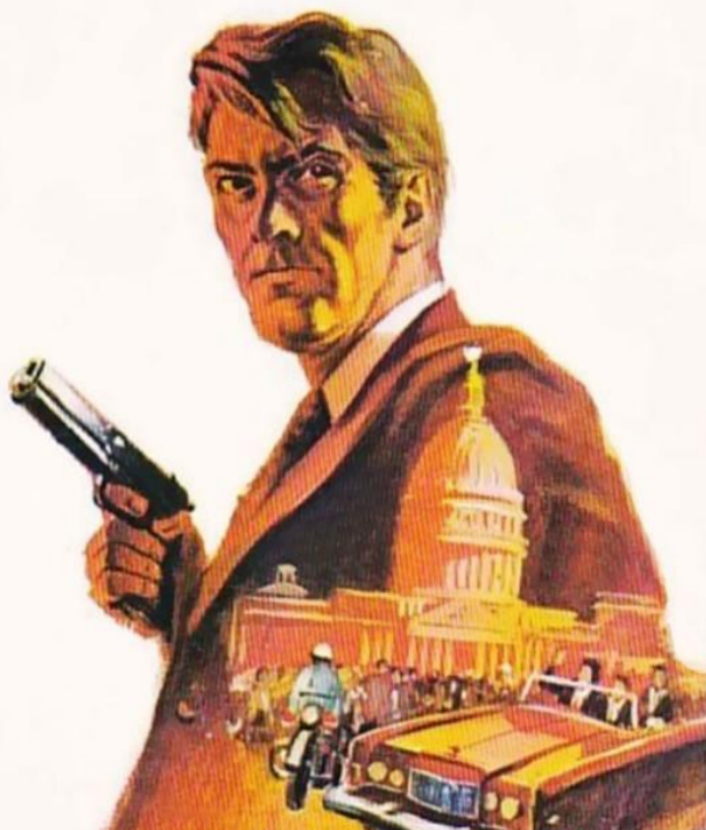
**BRU
GUE
RA**

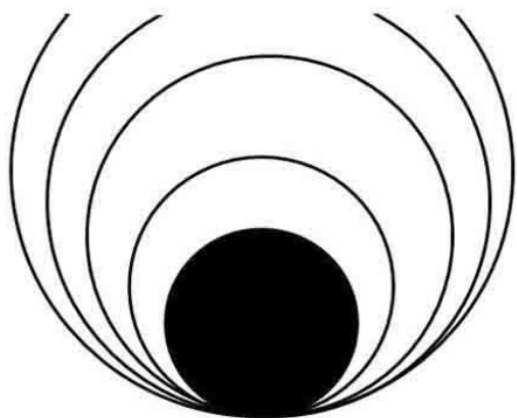
BOLSILIBROS

T POLICIAJO

**LARRY,
EL CAÑALLA**

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**LARRY,
EL CANALLA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.101
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 13.825 - 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1983

1ª edición en América: diciembre, 1983

© Clark Carrados - 1983

texto

© Almazán - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1983

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.849 — Comisario por cinco minutos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.706 — Rosas para una tumba vacía.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.093 — Mirada mortal.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CAPÍTULO PRIMERO

El nombre era Lawrence Philibert Spencer Boston, pero sus conocidos, tanto amigos como enemigos, le llamaban Larry Boston. Algunos creían que había nacido en dicha ciudad y le llamaban *Boston* Larry. Una buena parte de las personas que le conocían, de ambos sexos, le daba un calificativo poco agradable: Larry *el Canalla*.

A Larry Boston le dejaba frío semejante calificativo. Era consecuencia del despecho que sentían quienes se lo aplicaban. Por ejemplo, Big Jack Fulbertson, un conocido tiburón, con una piedra en el lugar de la víscera cardíaca, tan compasivo como un tigre hambriento con la gacela recién apresada y tan amable con sus víctimas como un caníbal con su misionero ya en la caldera.

Boston vio a Fulbertson en la calle e, inmediatamente, se dispuso a darle un escarmiento. Muchos tipos llevaban abultamientos en el lado izquierdo de la chaqueta y era por la pistola que ocultaban. El abultamiento de Fulbertson no era debido precisamente a un arma.

Tenía el periódico en la mano y se acercó a Fulbertson, como si estuviese profundamente sumido en la lectura de las nada gratas noticias cotidianas. Fulbertson era gordo y resoplaba continuamente. Resopló, pero indignado, cuando aquel lector distraído tropezó con él.

—¿Es que no mira por dónde va? —protestó Fulbertson airadamente.

Boston sonrió al disculparse, mientras, pegado al gordo, le miraba por encima del periódico.

—Dispénsame, caballero; soy muy distraído...

Fulbertson intentó echarse a un lado y Boston hizo lo mismo. Durante unos segundos, los dos hombres, estrechamente pegados, parecieron ejecutar unos ridículos pasos de danza, como si ninguno

de los dos acertara a dar con la forma de seguir las rutas respectivas, sin tropezar con el otro.

El pie de Boston pisó con fuerza el de Fulbertson. El gordo aulló. Boston, terriblemente afligido en apariencia, se apartó vivamente.

—Cuánto lo siento... Discúlpeme... No sé qué decir...

—¡No diga nada y lárguese de una vez! —vociferó Fulbertson.

—Sí, sí, señor. Excúseme.

Boston se alejó con paso rápido. Fulbertson quedó en el mismo sitio, porque aguardaba a alguien que le iba a buscar en su coche.

Medio minuto después, Fulbertson se tanteó el lado izquierdo de su chaqueta y lanzó un aullido de furia.

—¡Me han robado!

Miró a su alrededor. El lector distraído había desaparecido de su vista. En aquel instante, llegó el coche y uno de sus ocupantes se apeó obsequiosamente.

—Dispense, jefe, pero había mucha cola en la gasolinera.

—Macey, me han robado la cartera —bramó Fulbertson.

El sujeto se quedó con la boca abierta.

¿Quién ha sido?

No lo sé... pero llevaba encima casi seis mil dólares.

En lugar seguro, Boston contó el dinero y lanzó una alegre carcajada.

—Cinco mil ochocientos noventa y cuatro «pavos» —dijo—. No está mal, pero nada mal... Ese gordo seboso se merecía, sin embargo, mucho más...

En la billetera había, entre otras cosas sin importancia, una lista de teléfonos, al lado de cada uno de los cuales podía leerse unas iniciales. Boston decidió guardarse la lista.

Quizá algún día podía resultarle interesante.

El mismo día, al anochecer, Boston realizó otra operación que llevaba planeando desde hacía mucho tiempo.

El hombre era de buena estatura, delgado, rostro descolorido y ojos nada amables, situados tras unos lentes con montura de oro. En la mano derecha llevaba una gastada cartera de cuero negro.

Boston sabía muy bien quién era y a qué se dedicaba Fargo Aubrett. También sabía qué contenía la cartera de cuero negro.

Aubrett era recaudador de unos impuestos muy especiales. Una vez por semana hacía un determinado recorrido por una ruta

trazada de antemano, de la cual no se desviaba un centímetro. Boston le había seguido durante meses enteros sin que Aubrett se diera cuenta.

Ahora había llegado la ocasión, se dijo. Aubrett terminó su recorrido y, como de costumbre, entró en el bar de Millicent Shawn a tomarse un trago.

El local de Millicent era la última etapa de su recorrido. Disfrazado con un gran bigote y patillas postizas, y gafas coloreadas, Boston entró en el bar, situándose al lado de Aubrett.

Millicent, la dueña, sirvió una copa a Aubrett de muy mala gana. Sabía que, no solamente no iba a cobrar la consumición, sino que tendría que entregar setenta y cinco dólares en concepto de «protección».

Había un taburete vacío al lado de Aubrett. Éste dejó la cartera sobre el taburete, situado a su derecha. Boston llegó, con una cartera idéntica, pero situada a la espalda, sujeta con la mano izquierda.

La dueña, Millicent, le miró con indiferencia. Era una mujer de unos treinta y seis años, de cuerpo generoso y sonrisa fácil cuando estaba de buen humor. En aquellos momentos, estaba dándose a todos los demonios por la presencia de Aubrett.

—Un *whisky* —pidió Boston, sin cambiar la situación de la mano y la cartera.

Aubrett no le concedió siquiera una mirada. Tomaba su copa a pequeños sorbitos, saboreándola con delectación, disfrutando de aquella breve parada que hacía siempre, antes de iniciar su regreso. Cuando Millicent se disponía a servirle, Boston lanzó una exclamación:

—¡Eh, cuidado; aquella botella está a punto de caerse! —dijo, a la vez que señalaba hacia el otro lado de la estantería situada tras la barra.

Millicent, Aubrett y algunos más volvieron la mirada instintivamente en aquella dirección. Boston aprovechó para hacer el cambio con fulgurante rapidez. La operación no le consumió más allá de dos segundos. Luego, la cartera de Aubrett quedó al pie de la barra y él se ocupó de ocultarla con la pierna derecha.

Aubrett terminó su copa. Luego empuñó el asa de la cartera.

—Adiós, Millicent —se despidió.

—Mal rayo te parta —dijo la mujer.

Sonaron algunas risas. Aubrett paseó la vista por la concurrencia. Las risas cesaron en el acto.

—Así me gusta —se despidió.

—¡Pero yo repito lo que he dicho: mal rayo te parta! —gritó la dueña del local.

Aubrett se encogió de hombros y salió a la calle. Un minuto más tarde, Boston dijo:

—Señora, querría hablar con usted en privado.

Millicent le miró recelosamente.

—¿Por qué? —preguntó.

Boston puso un codo izquierdo en el mostrador. Con la mano izquierda, se tapaba la cara. La derecha se elevó y despegó un poco el bigote postizo.

Ella suspendió la respiración y abrió la boca, pero fue lo suficientemente serena para no lanzar una exclamación.

—Sí, desde luego, caballero... Venga a mi despacho particular. ¡Joe, cuida del mostrador! —ordenó a su empleado.

Unos segundos más tarde, Boston ponía setenta y cinco dólares en manos de Millicent.

—Aquí tienes, encanto; te devuelvo lo que te habían cobrado injustamente.

Ella seguía estupefacta.

—Por todos los diablos, ¿quién es usted?

Boston se quitó los lentes, las patillas y el bigote. Millicent exhaló un grito.

—¡Larry!

—El mismo, hermosa —sonrió él.

—No te había conocido...

—Sé disfrazarme. Bueno, ¿estás contenta?

—Claro que sí. Esos vampiros me sacan setenta y cinco semanales... Trescientos al mes, Larry, Satanás se los lleve algún día para siempre —barbotó Millicent.

—Puede que algún día ocurra eso, desde luego.

—Pero ¿cómo puedes pagarme tú si no tienes por qué hacerlo? —preguntó ella, muy intrigada.

Boston se echó a reír. Había llevado la cartera consigo y la abrió, mostrando su contenido a la dueña del bar.

—Mira —dijo.

Millicent volvió a quedarse sin aliento.

—¡Vaya montón de pasta! —exclamó.

Aubrett hace el mismo recorrido una vez por semana... y no te quejes, porque tú eres de las que menos pagan. Los hay que cotizan ciento cincuenta y doscientos dólares semanales.

—Y todo ese dinero va a parar a los bolsillos de Nate Halloran —dijo Millicent.

—Exactamente. Aquí debe de haber... Ha estado nada menos que en cuarenta y dos sitios, si ponemos una media de ciento cincuenta, son seis mil dólares... Bueno, mañana tendré que escribir cuarenta y una cartas para devolver a sus dueños el dinero que les han quitado con amenazas.

—¿Eso piensas hacer, Larry?

Claro, no iba a quedarme algo que no me pertenece.

Eres un... tipo extraño —dijo ella, conmovida—. No sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí...

Boston sonrió, a la vez que pellizcaba suavemente el carnoso trasero de la mujer. —A ver si comprendes la indirecta— dijo.

Millicent no era tonta y comprendió en el acto.

Más tarde, en la penumbra del dormitorio, Boston le contó lo que había hecho con Big Jack Fulbertson. Millicent, sentada en la cama, rió hasta que se le saltaron las lágrimas, mientras la hilaridad hacía bambolearse aparatosamente sus opulentos pechos.

—Eres único, Larry. No me extraña que algunos te llamen el Canalla.

—Tú, no, supongo.

Millicent se inclinó hacia él.

—Yo te llamo otra cosa mucho más agradable —dijo ardientemente.

Al cabo de unos minutos ella pareció sentirse un tanto preocupada.

—¿Qué habrá dicho Halloran cuando vea lo que contiene la cartera? —murmuró.

Nate Halloran había abierto la cartera bastante tarde, debido a que ciertos asuntos le habían hecho acudir con retraso a la entrevista semanal con su hombre de confianza. Aubrett, sentado displicentemente en el despacho privado del primero, fumaba un

cigarro con aire complacido.

Halloran entró, seguido de dos guardaespaldas.

—¿Cómo ha ido la cosa, Fargo? —preguntó.

—Bien, ninguna pega, jefe —contestó el interpelado—. Ahí tiene la «pasta» —señaló la cartera situada sobre la mesa.

Halloran dio la vuelta a la mesa y soltó la presilla que mantenía cerrada la cartera. Levantó la tapa y metió la mano, para sacarla inmediatamente embadurnada de una sustancia pegajosa y maloliente.

—¡Fargo! —aulló—. ¿Qué broma es ésta?

Aubrett, atónito, se puso en pie. Se acercó a la cartera y torció el gesto, al percibir el hedor que provenía de aquel lugar.

—No... no lo entiendo... —dijo, desconcertado—. Yo... no he dejado la cartera un instante...

Halloran se miró la mano un segundo y luego, de pronto, echó a correr hacia el baño, mientras vociferaba a pleno pulmón maldiciones contra el estúpido que se había dejado quitar un montón de dólares, sustituyéndolos por algo muy desagradable y espantosamente hediondo.

—¡Tirad esa cartera lejos de aquí! —aulló—. Sacadme eso inmediatamente. Fargo, ya puedes empezar a buscar al que te ha gastado esa broma o te lo haré pagar muy caro.

—Y ¿qué contenía la otra cartera? —preguntaba Millicent en aquellos momentos. Boston se lo dijo. A Millicent le dio un ataque de risa tal, que Boston llegó a creer que se le iba a morir allí mismo, en la cama.

Durante largos minutos, Millicent estuvo riéndose hasta que le faltó la respiración. Al fin, cuando pudo hablar, dijo:

—Oh, Larry, verdaderamente eres un canalla... El mejor canalla del mundo.

CAPÍTULO II

La joven estaba sentada delante del espejo, arreglándose el pelo cuidadosamente. Los cabellos de Kitty Renshaw parecían un casco dorado sobre una cabeza sostenida por un cuello de cisne y enmarcaban un rostro de un óvalo perfecto.

Sentada en una butaca, fumando un cigarrillo situado al extremo de una larga boquilla, había una mujer algunos años mayor que Kitty. Hilda Benger era buena conocedora de la naturaleza humana y se había dado cuenta de que su amiga parecía sentirse muy preocupada.

—A ti te sucede algo, Kitty —dijo de pronto.

La joven se apoyó de pronto en el tocador.

—Tienes razón. Estoy..., bueno, no sé cómo definirlo...

—Preocupada y hasta deprimida, porque te sucede algo muy grave, ¿no es así?

Kitty asintió.

—Bastante grave, en efecto.

—Bueno, ¿por qué no me cuentas tu problema? Tal vez yo pueda ayudarte.

Kitty se decidió al fin y explicó a su amiga el problema que la atormentaba. Para finalizar, dijo:

—Y lo peor de todo es que no sé cómo recuperarlo, Hilda.

—Habrás informado a la compañía de seguros, naturalmente.

—No estaba asegurado —contestó la muchacha.

Hilda silbó.

—Eso sí que es peor —dijo—. Las compañías de seguros tienen buenos investigadores... —Lo sé, pero no puedo hacerlo y, además, no me gustaría que la noticia se divulgase. He pensado más de una vez en contratar a un investigador privado, pero ¿a quién? Si he de serte sincera, es la primera vez que me veo en una situación semejante.

—¿No tienes idea de quién pudo ser el autor de la sustracción?

—En absoluto. Desapareció, eso es todo lo que puedo decirte.

Hilda reflexionó unos instantes. De pronto, chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —exclamó—. Ya sé quién puede solucionar tu problema.

—¿De veras? —preguntó Kitty ansiosamente.

—Sí. Larry *el Canalla*.

Kitty puso cara de asombro.

—Un hampón —dijo.

—Bueno, depende del punto de vista de cada cual... pero yo diría que son precisamente las gentes del hampa quienes le han aplicado el sobrenombre. Y algunas mujeres también.

—¿También mujeres? ¿Por qué?

Hilda lanzó una risita maliciosa.

—Esas mujeres le llaman el Canalla porque... Bueno, Larry va, está con una, se marcha... y ya no vuelve.

—Oh, vamos, un conquistador.

—Al contrario, es él quién se deja conquistar. Pero luego sale huyendo y ellas, encima, se quejan.

Kitty miró curiosamente a su amiga.

—¿También tú le llamas el Canalla?

Hilda emitió una sonrisa llena de malicia.

—¡Sin comentarios! —respondió.

—Pero ¿cómo sabes que ese Larry...?

—Algún día te lo explicaré, Kitty. Mientras tanto, te aconsejo que lo contrates. Si hay alguien capaz de resolver tu problema, es ese hombre precisamente. Costará caro, pero...

—El dinero no importa, Hilda. ¿Cuándo podré verle? ¿Sabes tú cómo encontrarle?

—Lo intentaré, Kitty.

—Está bien, avísame en cuanto sepas algo. Y, por favor, sé discreta.

—Descuida, a mí también me afecta, y mucho, ese robo. Si no recuperas lo que te quitaron, me vería en la ruina o poco menos —contestó Hilda.

Preguntándose quién podría ser aquella tal Kitty Renshaw que, según una antigua conocida suya, Hilda Bengier, necesitaba hablar

urgentemente con él, Boston se encaminó aquella noche a la dirección que le habían indicado, aunque con ciertos proyectos muy peculiares relativos a la forma de entrar en contacto con la joven.

Conocía a Hilda de tiempo atrás y sentía hacia ella cierta desconfianza. No quería caer en alguna trampa, simplemente. Hilda parecía muy amable, pero también tenía su genio y le desagradaría profundamente ser objeto de alguna broma.

Había dejado el coche a unos cientos de metros de distancia y se acercó a pie a la casa donde vivía Kitty. Estaba situada en un barrio residencial y, pensó, allí no vivía gente pobre precisamente.

De pronto se dio cuenta de que le seguían.

Al menos, tenía dos enemigos que deseaban ajustar las cuentas con él: Fulbertson y Halloran. Ambos debían de sentirse muy irritados por la jugarreta que les había gastado días atrás y, estaba seguro, deseaban quitarle de en medio, por razones fácilmente comprensibles.

Bruscamente, cuando se acercaba a la intersección de dos calles, solitarias en aquellos momentos, un hombre surgió de un seto próximo.

El tipo empuñaba una pistola con silenciador. Boston percibió el siniestro brillo del arma, al reflejar la luz de un farol cercano.

—Larry, adiós —dijo el pistolero.

Boston era un hombre de rápidas reacciones y se agachó velozmente, a la vez que se lanzaba a un lado para rodar por el suelo. La bala salió sin apenas ruido en aquel mismo instante.

El pistolero lanzó un grito de dolor y se tambaleó. Desde el suelo, Boston lo vio caer de rodillas.

—¿Qué le ha pasado a ese sujeto? —murmuró.

Un poco más allá, otro hombre se quejaba sordamente. Boston volvió la mirada y vio a un tipo, agarrado a un farol con ambas manos.

A los pies del sujeto se veía una pistola, también con silenciador. Boston sintió un escalofrío al pensar en lo cerca que había estado de la muerte.

Pero había ocurrido algo increíble. Los dos pistoleros, disparando simultáneamente desde direcciones opuestas, se había herido a sí mismos, sorprendidos cada uno por la inesperada acción del otro, imposible de prever, dada la rapidez con que se habían

producido los acontecimientos.

Sucesivamente, los dos asesinos cayeron por tierra y se quedaron inmóviles.

Lentamente, Boston se puso en pie. Nadie parecía haberse percatado del incidente.

Examinó los dos cuerpos tendido en el suelo, uno tras otro. No conocía a ninguno de los dos, pero, sin duda, eran profesionales.

—Halloran y Fulbertson —murmuró.

Debería tener más cuidado en lo sucesivo, se dijo, mientras se alejaba de aquel lugar con la mayor rapidez posible.

Alguien encontraría muy pronto los cadáveres, le convenía hallarse en lugar seguro cuando eso sucediera y, en aquellos instantes, el sitio más seguro era la casa de Kitty Renshaw.

Antes de un minuto alcanzaba el objetivo y entraba en la casa, sin usar el llamador ni emplear la puerta para acceder al interior.

Entró en el salón con paso rápido y se detuvo en el acto, al ver al hombre sentado en un enorme butacón con orejeras, fumando apaciblemente un cigarrillo y con una copabalón en la mano izquierda.

—¿Qué hace aquí? —exclamó Kitty—. ¿Cómo ha entrado en mi casa?

—Soy Larry Boston —se presentó él, sin cambiar de postura.

Kitty contuvo el aliento.

—¿Usted es...?

—Sí. Larry *el Canalla*, si lo prefiere de este modo.

Hubo un instante de silencio. Kitty vio a un hombre joven, bien parecido, de rostro atractivo, aunque no guapo, pelo negro algo rizado y fuerte complexión, pero también esbelto. Boston, a su vez, estudió la impecable figura de aquella joven que, calculó, andaba por los veinticinco años y parecía una modelo arrancada de la portada de alguna revista importante.

—Bien —dijo ella, pasados unos instantes—, ahora que ya nos hemos contemplado recíprocamente, dígame por qué no ha llamado para advertir su llegada.

—Pensé que resultaría más conveniente entrar sin avisar, a fin de estudiar un poco el terreno —contestó Boston.

—Y así se hace una idea de la persona que quiere contratarle.

—Más o menos, señorita Renshaw.

—Bueno, dígame entonces qué piensa de mí.

—En otro momento. —Boston apuró la copa, aplastó el cigarrillo y se puso en pie—. Hilda Bengier me ha dicho que tiene usted un problema y quiere resolverlo con la mayor discreción posible. Cuénteme, por favor.

—Está bien, se lo diré, señor Boston.

—Le ruego me llame Larry —sonrió él—. Otro tratamiento me perturba, si me lo aplica una persona joven.

—Como quiera. Yo guardaba en casa los documentos y certificados de las acciones de una mina, que promete un alto rendimiento económico. Esos documentos han desaparecido. Si la noticia se divulga, las acciones caerán en picado y la empresa tendrá que declararse en quiebra.

—Pero eso no ha sucedido por ahora —dijo él.

—No. Sin embargo, temo que ocurra en cualquier momento. La noticia no puede demorarse ya mucho, me refiero a la divulgación de los resultados de las exploraciones que permitirán poner la mina en funcionamiento. Y si entonces se sabe que la documentación ha desaparecido...

—Comprendo. Usted quiere recuperarlo todo, antes de que se haga público, para evitar ir a la ruina.

—No soy yo sola. Muchas personas habían confiado en mí, Hilda una de ellas. Si sobreviene el desastre, Hilda quedará casi arruinada.

—¿Guardaba los documentos en su casa?

—Sí, desde luego.

—¿Aquí?

—Efectivamente.

—Por favor, ¿quiere mostrarme el lugar donde guardaba esos papeles?

—Sígame, se lo ruego.

Kitty dio media vuelta y echó a andar. De repente, se oyeron distantes sirenas policiales. Ella se detuvo un instante.

—Pasa algo en la calle.

—Han encontrado los cadáveres —dijo Boston.

—¿Cadáveres? —Respingó la joven.

—Dos pistoleros muertos.

Kitty se volvió rápidamente.

—¿Usted?

—No —contestó Boston secamente—. Téngalo en cuenta para lo sucesivo: mis defectos son muchos y puede que superen a mis virtudes, pero detesto el derramamiento de sangre. A menos que sea en legítima defensa, claro. —¿Tiene que defenderse de sus enemigos muy a menudo?

—Hasta ahora, no he tenido la ocasión de comprobarlo. Pero vayamos a lo nuestro, que es más importante ahora. Deje de preocuparse por dos sujetos que no han hecho más que recibir lo que se merecían.

—¿De veras?

—Eran matones profesionales.

Kitty suspiró.

—Comprendo. Bien, acompáñame.

La joven le guió hasta un despacho privado, amueblado con gran lujo, pero todavía con más gusto. Acercándose a la pared, apartó un cuadro que representaba una escena del viejo y salvaje Oeste.

—Aguarde un momento —pidió él.

Kitty le miró intrigada. Boston se acercó al cuadro y lo examinó durante unos instantes.

—¿Suyo?

—Sí, lo compré hace un par de años. Me costó ciento treinta y cinco mil dólares. —Puede venderlo por solo ciento treinta y cinco y todavía ganará cien dólares— dijo Boston. —La firma es de Russell, pero no lo pintó ese famoso artista.

—¿Cómo lo sabe? —gritó ella, despechada—. Me aseguraron que era auténtico...

—¿Un experto?

—¡Por supuesto!

—Luego me dará usted el nombre de ese experto. Un día iremos los dos y yo lo sujetaré por los brazos, para que usted pueda darle un buen puñetazo en las narices. Pero sigamos con el asunto principal.

Kitty meneó la cabeza.

—No me lo puedo creer... El me garantizó personalmente la autenticidad del cuadro.

—Fue una estafa —calificó el joven crudamente.

Terminó de apartar el cuadro y dejó a la vista la pulida superficie de una caja de caudales empotrada en la pared. Boston la contempló unos instantes y luego se volvió hacia la joven.

Kitty se sintió de repente muy incómoda.

—¿Por qué me mira así? —preguntó.

—Esos documentos, supongo, valen millones —dijo él.

—Sí, claro...

—¡Santo Dios! ¿Es posible que guarde unos papeles tan valiosos en esa miserable lata de sardinas?

Kitty se enfureció.

—Señor Boston, y no quiero llamarle Larry si sigue en ese plan de hombre que lo sabe todo, de ser superior a todos los demás, lo mejor será que se marche y que olvide que lo he llamado. Ya me las arreglaré con otro investigador...

El sonido de un timbre, pulsado insistentemente, interrumpió al joven. Boston señaló hacia la puerta.

—Probablemente, son policías y andan interrogando a la vecindad, para averiguar datos sobre los pistoleros muertos —dijo—. Atiéndalos y vuelva, por favor, pero no les diga que yo estoy aquí ni tampoco mencione que ya sabía lo ocurrido.

CAPÍTULO III

—Le ruego me perdone —dijo Boston unos minutos más tarde—. Tiene usted razón; me he portado como un estúpido, diciendo algunas tonterías... aunque, bien mirado, no dejaba de expresar la verdad. Pero, claro, hay formas de decir las cosas... Discúlpeme, señorita Renshaw.

—Está bien —accedió Kitty, más amansada—. Usted criticaba esa caja de caudales. A mí me ha parecido siempre segura. ¿Cuáles son sus razones para manifestar una opinión contraria?

—Mejor que una respuesta verbal, prefiero dársela prácticamente. Espere unos momentos, por favor.

Boston se acercó a la caja y estudió durante unos segundos la rueda de la combinación. Luego se echó aliento en los dedos y empezó a manipular en el mecanismo.

Tardó menos de un minuto. Kitty, enormemente asombrada, le vio abrir la caja con toda facilidad.

—Respuesta práctica, señorita —sonrió Boston.

—Me siento... pasmada —declaró ella—. ¿Cómo lo ha conseguido usted, Larry?

—Bah, un poco de práctica... De modo que era aquí donde guardaba sus documentos.

—Sí, en efecto.

—Y desaparecieron sin que usted tenga la menor noticia de quién pueda ser el ladrón.

—En absoluto.

Boston echó una mirada casual al interior de la caja fuerte. De pronto vio algo que le hizo lanzar una exclamación de asombro.

—Eh, oiga, ¿de dónde ha sacado usted esto? —exclamó, a la vez que sostenía con dos dedos la cadena de oro, de la que pendía un enorme medallón del mismo metal, sembrado de piedras preciosas de todas clases.

—¡Deje eso donde estaba! —ordenó Kitty perentoriamente—. A usted no le importa en absoluto de quién es el medallón.

—Lo cual significa que no le pertenece.

—No, no es mío, pero lo tengo guardado ahí desde...

Kitty se calló un instante. Boston volvió a contemplar el medallón, en cuyo centro se veía una enorme esmeralda, rodeada de rubíes que formaban una especie de rosa en torno a la piedra más grande.

—¿Lo guardaba antes de que le robaran los documentos? —preguntó él.

—Sí. Me lo entregaron tres días antes.

—¿Quién, por favor?

—Mi prometido.

—Ah, está prometida...

—Nos casaremos el año próximo. El quiere terminar sus estudios de arte, y pasará todo ese tiempo en Europa. A la vuelta, nos casaremos.

—Entiendo. Ese hombre es muy afortunado al haber conseguido el amor de una mujer tan hermosa como usted. ¿Cómo se llama?

—Harol... Bueno, yo le llamo Hal. El apellido es Heldon.

—Hal Heldon —repitió el joven, meditabundo—. De modo que su prometido le dio el medallón para que se lo guardase.

—Sí. Es un recuerdo de su madre, quien lo llevó el día de la boda. Hal quiere que yo lo lleve también cuando nos casemos. Pero en su casa no hay caja fuerte y por eso me pidió que se lo guardase en la mía.

Boston volvió el medallón al interior de la caja fuerte y sonrió.

—Por hoy, creo que es todo —dijo.

—¿Nada más? —preguntó ella, decepcionada.

—Ya tengo suficiente para iniciar mis investigaciones, señorita Renshaw. En los momentos convenientes, le informaré de los resultados obtenidos.

Boston echó a andar hacia la puerta. Kitty le llamó de pronto:

—Larry.

El joven se volvió.

—¿Desea algo de mí, señorita Renshaw?

—No hemos hablado aún de sus honorarios.

—Dígame una cosa con sinceridad. Si tuviese que ofrecer una

recompensa por recuperar esos documentos, ¿cuánto estaría dispuesta a dar?

—Bueno... Considerando que son muy valiosos... cien mil dólares, desde luego.

Boston simuló que escribía algo sobre un papel, aunque movió la mano en el aire.

—Ya puede preparar el cheque por cien mil dólares —se despidió.

Kitty se quedó sola, con la boca abierta. ¿No se habría burlado Hilda de ella al recomendarle a aquel sujeto que rebosaba orgullo, pedantería y una insufrible suficiencia?

De momento, sin embargo, no le había dado un centavo, por lo que al menos, se dijo, no había perdido dinero con la entrevista.

La insufrible pedantería de aquel sujeto la había enfurecido, aunque un extraño presentimiento la hizo saber que era el único que podía solucionar el grave conflicto en que se hallaba.

Era tuerto, tenía la cara picada de viruelas y un hombro más alto que otro, lo cual no le convertía precisamente en un hombre atractivo, pero era un buen amigo de Larry Boston y, sobre todo, solía estar enterado de muchas cosas. Josh Ruddin solía estar sentado siempre tras una mesa, en un rincón de su local, jugando solitarios que nunca resolvía, si bien los espíritus maliciosos decían que era porque tenía el ojo sano en constante observación de cuánto sucedía en el bar. Cualquier otro habría resuelto el solitario, porque con un ojo vigilaría el local y con el otro sabría las cartas que debía jugar, pero Ruddin no podía hacerlo y por eso fallaba siempre en el juego.

Dos chicas atendían la barra, con los pechos al aire. Actuaban, evidentemente, de mala gana, y no solían inmutarse por las atroces bromas que les dirigían los nada escogidos clientes del Cyclops, aunque en más de una ocasión tenían que pagar a su dueño una botella entera, sin haber probado una sola gota del licor que contenía; era la botella que rompían en la cabeza de algún cliente que rebasaba ciertos límites en lo que se les podía decir a las camareras.

Había clientes que eran admiradores del buen humor de Ruddin, aunque no se conocía a nadie que le hubiese visto jamás ni siquiera la sombra de una sonrisa. El buen humor que se atribuía al dueño

del local se debía al título del mismo: los legendarios cíclopes de la antigüedad tenían un solo ojo, lo mismo que Ruddin.

Boston entró en el Cyclops al filo de las diez de la noche. Las chicas de la barra parecieron cambiar al verle. Las dos le sonrieron y agitaron las manos al mismo tiempo. Una de ellas se señaló luego las amplias redondeces de su busto, como indicándole que las tenía a su servicio en el momento en que lo deseara. Boston hizo un vago gesto de aquiescencia y luego se encaminó hacia la mesa ocupada por el dueño.

—¿Puedo acceder a tu torre de control? —preguntó.

Ruddin hizo un gesto afirmativo. Boston agarró una silla y se sentó frente al sujeto.

—Pide lo que quieras —indicó Ruddin.

—Gracias, pero ahora no tengo ganas de beber. Necesito informes, Josh. —Habla, Larry.

—Anoche murieron dos tipos. Se acribillaron mutuamente.

—Killer Kent y Frankie Zerbst. —Los conocías— dijo Boston.

—Destapé una botella de champaña en su honor.

—O sea, no lo lamentaste.

—Me dio un ataque de hilaridad —dijo Ruddin, sin abandonar por un instante su expresión casi fúnebre.

Boston sonrió.

—Exagerado —calificó—. Dime, ¿para quién trabajaban?

—Kent era el matón de Fulbertson. Zerbst actuaba para Halloran.

—En tu opinión, ¿qué sucedió?

—Tal vez quisieron saber cuál de los dos era el mejor, es todo lo que puedo decirte.

—Me buscaban a mí y me pillaron entre dos fuegos. Pude agacharme y... ¿Te lo imaginas?

El único ojo de Ruddin brilló de un modo singular.

—¿Hablas en serio, Larry?

—Totalmente. Desde luego, anoche ignoraba su identidad y, aunque he leído los periódicos esta mañana y daban sus nombres, ignoraba otros detalles.

—Te has metido con esos tipos y son muy peligrosos. No están acostumbrados a que alguien les ponga palitos en las ruedas de sus máquinas.

—Tendrán que aguantarse, porque no he hecho más que empezar —dijo el joven casi rabiosamente.

—Allá tú —contestó Ruddin indiferentemente—. Conozco tus motivos, pero mi consejo es que abandones la partida. En todo caso, te lo advierto sinceramente, ten cuidado. Sobre todo, con el hermano pequeño de Zerbst. Se llama Zino y, dicen, es cien veces peor que el difunto y mucho más astuto.

—Se ve que la edad no da experiencia —comentó Boston—. Tendré cuidado con Zino Zerbst —prometió—. Otra cosa, ¿tienes noticias de un tal Lou Balphax?

—Sí. Ha sido retirado de la circulación por un año, aproximadamente.

—¿De veras?

—¿Por qué no te informas en el Palacio de Justicia?

—Perdona, Josh, no quise ofenderte.

Boston metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de billetes.

—¿Cuánto te sacan semanalmente? —preguntó.

—Ciento cincuenta. —Los dientes de Ruddin chirriaron—. Maldita sea, me gustaría ser más valiente y enviarlos al infierno, pero soy un tipo muy tímido... ¿Sabes qué me dijo Fargo Aubrett la última vez que hablamos, cuando le protesté por el aumento de la cuota?

—Alguna barbaridad, sin duda.

Ruddin se tocó el parche negro que cubría el ojo perdido muchos años antes.

—Dijo que si no pagaba tendría mucho gusto en regalarme otro parche —barbotó coléricamente.

—Ese tipo sería capaz... —Se enojó Boston.

—Hay quien lo haría de muy buena gana, el tipo que tienen para «persuadir» a los recalcitrantes, Lefty Wegger. Es un bestia con figura humana, un sádico que disfruta oyendo el ruido de los huesos que rompe...

—Cualquier día de estos hablaré con Wegger —dijo el joven. Puso siete billetes de veinte dólares sobre la mesa y luego añadió otro de diez—. Al menos, recobras lo que has perdido esta semana —añadió.

—Gracias, Larry. Esos miserables sí tienen motivos para llamarte lo que son ellos realmente.

—El apodo es un insulto, pero me alegra mucho que me lo digan cierta clase de personas.

Boston se puso en pie.

—Gracias por todo, Josh.

Luego se acercó al mostrador y contempló sucesivamente a las dos chicas.

—Sólo puedo atender a una —sonrió.

—Podemos echarlo a suertes —propuso la que había hecho antes ciertos gestos elogiosos hacia sus curvas pectorales.

—Es una buena idea —aprobó Boston.

Sacó una moneda, la tiró al aire con una mano y la recogió con la otra. Pero la moneda cayó, deliberadamente, en una posición inesperada: de canto, porque él la sujetó con el hueco de dos dedos.

—Vaya —resopló la otra camarera—. Ha caído de canto...

—Lo cual significa que me quedo sin mi diversión —dijo Boston, fingiendo una gran decepción—. Otro día será, chicas —se despidió.

Las camareras cambiaron una mirada.

—Oye, tú —dijo una de ellas—, juraría que ese canalla ha hecho trampa...

—Acertarías —suspiró la otra resignadamente.

CAPÍTULO IV

Cruzaba la puerta del elegante salón de belleza cuando, de repente, vio a un hombre que se le acercaba.

La primera reacción de Kitty fue apretar el bolso contra su pecho. Boston apreció el gesto y se echó a reír.

—No soy un aficionado a los «tirones» —dijo—. Llamé a su casa, me indicaron dónde estaba y decidí esperar a que saliera.

—Tiene noticias para mí, supongo —manifestó ella.

—Hasta cierto punto. —Boston consultó su reloj—. Son las doce menos ocho minutos. La invito a almorzar. Después, usted me dará un paseo en su coche hasta el sitio que yo le indique.

—¿Qué se propone? —preguntó.

—No tema, no pienso atentar contra su virtud.

—No me fió. A este respecto, tengo pésimos informes de usted.

—Proporcionados, sin duda, por la señora Benger.

—Algo me dijo Hilda, en efecto.

—Seguramente no le dijo que fue ella la que... atentó contra mi virtud —sonrió Boston—. Pero, claro, usted no me creerá, porque estima que soy un tipo vano, engreído, rebosante de fatuidad... De todos modos, quiero que sepa una cosa.

—¿Sí, Larry?

—Está usted horriblemente flaca. A mí me gustan las mujeres con más carne encima de los huesos y, sobre todo, hemos de tener en cuenta una cosa: usted es mi cliente y yo, cuando trabajo para alguien, lo considero de una forma absolutamente impersonal. Es sólo un cliente y no me importa su sexo, ¿estamos?

El gesto de Kitty se suavizó.

—Está bien, almorzaremos juntos. Supongo que pagará el gasto y luego lo incluirá en su nota...

—Como me dará cien mil dólares, puedo permitirme el lujo de no incluir la factura del almuerzo en la minuta de honorarios.

¿Conduce usted su coche o prefiere que lo haga yo?

Kitty abrió el bolso y le entregó las llaves.

—Conduzca usted —respondió.

El almuerzo se desarrolló en un ambiente más bien frío. Kitty se sentía reticente hacia el buen humor que demostraba el joven. Al fin, Boston se cansó de ser jovial y se aplicó íntegramente a restaurar sus energías.

Después del almuerzo salieron del restaurante y se encaminaron al coche de la joven. Boston puso gasolina en la primera estación de servicio que les saltó al paso y ella adivinó que el viaje, tal vez, iba a ser un poco largo.

El trayecto duró casi hora y media, al cabo de cuyo tiempo Kitty se encontró frente a un enorme edificio, con varios cuerpos, de tétrico aspecto y cuya utilidad saltaba a la vista inmediatamente.

—¡La penitenciaría! —exclamó Kitty.

—Exactamente —confirmó él.

Kitty fue a decir algo, pero Boston estaba ya fuera del coche, dando la vuelta para abrir la portezuela de su lado. Cuando estuvo fuera, ella le miró belicosamente.

—¿Es otra de sus estúpidas bromas, Larry?

—Le ruego paciencia, por favor —pidió él cortésmente—. Unos minutos tan sólo, se lo suplico.

—Sospecho que vamos a entrar ahí...

—Su sospecha se convertirá en certidumbre dentro de pocos momentos —contestó Boston.

Juntos se encaminaron hacia el gran portón de acceso, en donde el joven habló con el vigilante de guardia. Éste, a su vez, habló por teléfono con alguien del interior.

Diez minutos más tarde, un hombre uniformado, de unos cuarenta años, acudió al gran vestíbulo de la entrada y estrechó afectuoso la mano de Boston.

—Me alegro de verte, Larry —dijo sonriendo.

—Gracias, Johnny, digo lo mismo. Permíteme, ella es Kitty Renshaw. Señorita, le presento a Johnny McKee, jefe de vigilantes, quien nos va a acompañar a un lugar donde usted podrá ver algo muy interesante.

—Así lo espero —declaró McKee—. Cuando gusten, por favor.

Kitty se sentía muy aprensiva al atravesar lo que parecía una

interminable serie de corredores, interrumpidos a trechos por recias verjas que se abrían y cerraban eléctricamente. Luego subieron una angosta escalera metálica y llegaron a un cuarto sumido en la penumbra, en el que se veía una batería de monitores de televisión en funcionamiento.

Un vigilante atendía las imágenes que llegaban a los monitores desde los diversos lugares de la penitenciaría. En la mano derecha tenía un micrófono con el que, en ocasiones, daba instrucciones o emitía informes en voz baja, acerca de las escenas que presenciaba.

McKee se acercó a la mesa de control.

—Déjame, Ross —pidió—. Aguarda afuera unos minutos, por favor.

—Sí, jefe.

El vigilante se marchó. McKee se sentó frente a los mandos. Realizó unas breves operaciones y luego señaló uno de los monitores.

—Atienda a esta pantalla, señorita Renshaw —indicó.

Kitty fijó la vista en el monitor, en cuya pantalla podía ver los presos que se paseaban por uno de los patios del penal. De pronto, Boston señaló a uno de los convictos. —¡Ahí, Johnny!— exclamó.

—Usaré el «zoom» para acercar la imagen —dijo McKee.

Las imágenes se agrandaron. Kitty dijo:

—Parece como si quisieran que yo identificase a alguno de esos sujetos.

—Lo reconocerá enseguida. Se llama Lou Balphax.

—¿Balphax? —repitió ella—. No he oído ese nombre en mi vida. De súbito, lanzó un chillido.

—¡Es él! Dios mío... No puedo creerlo... ¿Qué hace mi prometido ahí, vestido con esas ropas infamantes?

—Su prometido, señorita Renshaw —dijo Boston gravemente—, no se llama Hal Heldon, como la hizo creer, sino Lou Balphax, y tampoco está en Europa, sino que lo tiene aquí, encerrado, cumpliendo una condena de uno a tres años, por estafa y falsificación. Posiblemente estará solo un año, por buena conducta, que es el tiempo que le dijo a usted permanecería estudiando arte en Europa.

Kitty sintió que le flaqueaban las piernas. Boston, compasivo, le acercó una silla.

—Usted... lo sabía...

—Ayer me enteré del lugar en que se hallaba. Usted tiene su retrato encima de la mesa de despacho de su gabinete y, cuando lo vi, aunque no dije nada en aquel momento, me pareció un rostro conocido, cosa que pude confirmar más tarde.

Ella le dirigió una mirada de reproche.

—Podía habérmelo dicho y así me habría ahorrado la visita.

—No me hubiera creído —se defendió el joven—. Además, si está aquí, es porque quiero que hable con él.

—No, no quiero volver a verle más. Nunca le dirigiré la palabra —contestó Kitty con gran vehemencia.

—Se equivoca. Tiene que hablar con él, porque, sencillamente, sospecho que es quien le robó los documentos.

Kitty abrió la boca, estupefacta.

—¿Ed? Pero si no sabía la combinación...

—Le entregó a usted una joya y la guardó en su presencia, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

—Para un tipo como Balphax, fue más que suficiente. Pudo ver la combinación, y los hombres como su prometido tienen buena memoria.

—Me siento abrumada. Confiaba en él...

—Lo siento. Lamento infinito haberle dado este disgusto, pero era necesario. Algún día lo comprenderá, espero.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —murmuró—, ahora lo entiendo. ¿Dice que he de hablar con él?

—No hay otro remedio, señorita Renshaw.

—Muy bien, siendo así, trataré de ser fuerte. Cuando gusten.

De súbito, McKee levantó una mano.

—Esperen... Ahí sucede algo...

Boston y Kitty volvieron los ojos hacia el monitor de televisión. Balphax estaba hablando con un individuo, quien se hallaba muy cerca de él. Bruscamente, se vio que la boca de Balphax se torcía de un modo grotesco.

El otro preso se alejó. Las rodillas de Balphax se doblaron lentamente. Luego se inclinó hacia adelante y acabó con la mejilla pegada al suelo.

—¡Le ha ocurrido algo! —gritó Kitty.

McKee tomó el micrófono.

—Habla el jefe de vigilantes. Incidente en el patio de la sección Tercera. Un recluso caído en el suelo. Sospecho se trata de un asesinato. Investiguen rápidamente.

—Enterado, señor —contestó alguien.

Los dientes de Kitty castañearon.

—E... está muerto...

—Seguramente —dijo Boston.

—Pero ¿por qué?

—Quizá sus documentos tengan la culpa. Johnny, ¿se podría saber quién lo ha «pinchado»?

—Grabamos todo lo que se proyecta en la pantalla. Repetiremos la escena cuantas veces sea necesario, aunque mucho me temo que no sirva para nada —respondió McKee lúgubrementemente—. A estas horas, el asesino ya se ha deshecho del arma. No se ha visto que atacase a Balphax; solamente hablaban, amistosamente en apariencia... y ningún jurado tomaría esta escena como prueba de un asesinato.

Medio atontada, Kitty vio a varios vigilantes que irrumpían en el patio. Uno de ellos se arrodilló junto al caído y le examinó unos momentos.

Los condenados formaban corro a prudente distancia. Al cabo de unos segundos, el vigilante levantó la cabeza y miró hacia la cámara, a la vez que hacía un gesto inequívoco.

—Lo siento, señorita —dijo McKee—. Lou Balphax ha muerto.

Sobrevino una lúgubre pausa de silencio. Boston fue el primero en romperlo.

—Johnny, me darás el nombre del sospechoso de asesinato —solicitó.

—Descuida, Larry.

Boston tuvo que sostener a la muchacha por la cintura, cuando se dirigían hacia la salida. Kitty estaba bajo los efectos de un fuerte *shock* y parecía ajena a cuanto le rodeaba.

A poca distancia del penal había una estación de servicio. Boston detuvo allí el coche y llevó a la joven a la cafetería, en donde hizo le sirvieran café con algunas gotas de licor. Kitty empezó a recuperarse.

—No sé qué decir —manifestó, cuando se sintió un poco mejor—. Me siento abrumada, decepcionada. Jamás pude creer que mi prometido...

—Necesitaba verlo, aunque yo tampoco me imaginé que Lou pudiera acabar de tan mala manera. Sin embargo, creo que si hubiera estado en la calle tampoco se habría salvado.

—¿Lo cree así?

—Estoy convencido de que fue él quien le robó los documentos. Le entregó el medallón para que lo guardase y así pudo conocer la combinación. Luego, en la primera ocasión, abrió la caja y... Figúrese el resto, señorita Renshaw.

—Entonces, no podrá decirnos dónde están esos documentos.

—Seguramente en poder de alguien que tenía mucho interés en ellos. Pero Lou ya no nos dirá su nombre.

—Y usted no está seguro de rescatarlos...

—No los doy por perdidos, aunque desde luego sí puedo asegurarle que ese rescate será hartamente laborioso y tal vez nos lleve mucho tiempo. Más vale que se haga a esta idea y así no sufrirá ninguna decepción más.

Kitty movió la cabeza afirmativamente. De pronto, miró al joven.

—Usted supo en el acto que el medallón era robado, porque ahora yo sospecho que Lou me contó una fábula acerca de una joya de familia.

—Es cierto.

—Y no me dijo nada entonces...

—¿Me habría creído?

Ella emitió un largo suspiro.

—No —admitió—. Ciertamente, necesitaba ver para creer.

—No le haré ningún reproche —sonrió Boston—. Pero sí tendrá que darme el medallón.

—¿Por qué? No le pertenece, Larry.

—Conozco a la dueña. La joya vale alrededor de cincuenta mil dólares. Obtendré el diez por ciento como recompensa por la recuperación.

—No perdona una, ¿eh? —dijo ella críticamente.

—Es mi oficio —contestó él llanamente.

CAPÍTULO V

Sosteniendo el medallón por la cadena, que pendía de su índice izquierdo, Boston lo hizo oscilar como un péndulo delante de los ojos de la mujer. Ella vio la joya y juntó las manos, arrobada.

—Lo has conseguido, Larry —dijo Hilda Benger.

—Hubo un poco de suerte —sonrió él.

—¿Dónde estaba?

—No seas curiosa. Lo he recuperado y eso es lo que interesa.

Hilda le miró de un modo muy peculiar.

—Eres un chico listo —dijo—. ¿Cómo puedo darte las gracias?

—La moneda se inventó precisamente para casos como éste —sonrió Boston.

—Ah, quieres dinero...

—Ése fue el pacto, ¿no lo recuerdas?

—Sí, desde luego, pero pensé que tú...

—Hilda, yo no vivo del aire —dijo Boston, muy serio—. Calculaste el valor del medallón en cincuenta mil dólares y ofreciste el diez por ciento como recompensa. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo... aunque yo pensé que, por galantería...

—En mi oficio, la galantería es el camino más seguro para acabar en la ruina, Hilda.

—Te firmaré un cheque. Me lo aceptas, supongo.

—Claro.

Hilda le entregó el cheque momentos después. Boston lo repasó y lo guardó a continuación en un bolsillo.

—Francamente, me gustaría saber cómo conseguiste recuperar la joya, Larry —dijo ella poco más tarde.

—En tu lugar, yo empezaría a olvidar este asunto, Hilda. Fue Hal Heldon el que te birló el medallón, ¿verdad?

Ella enrojeció repentinamente.

—Sí, pero no quise decirlo...

—Se comprende. A Kitty no le habría gustado enterarse de que su prometido sostenía un romance con su buena amiga.

—No irás a decírselo, ¿verdad? —preguntó Hilda ansiosamente.

—No se lo diré, ni tampoco mencionaré otros detalles de tu pasado —respondió el joven—. Lo mejor es olvidar este asunto... Ah, y cuando te sea posible, lleva unas flores a la tumba de Lou Balphax.

—No conozco a ese Balphax —dijo ella, muy sorprendida.

—En vida, se hacía llamar Hal Heldon.

Boston se encaminó hacia la puerta.

—Era un estafador, además de un hábil falsificador —agregó, con la mano en el picaporte—. No se había ido a Europa a estudiar arte, sino que estaba preso, cumpliendo una condena, y ayer le pegaron una puñalada en el patio del penal.

Hilda se quedó con la boca abierta, estupefacta, incapaz de pronunciar una sola palabra. Cuando quiso reaccionar, se había quedado sola.

El teléfono sonaba cuando Boston abrió la puerta de su apartamento. Corrió hacia el aparato, lo levantó y dio su nombre.

—Hola, Larry. Soy Johnny —dijo el que le llamaba—. Tengo noticias para ti.

—¿De veras?

—El tipo que se cargó a Balphax se llama Sim Thalbert. No se le ha podido probar, ni siquiera con la grabación en video y, por lo tanto, como cumple su condena, hoy saldrá a la calle.

—Una bonita noticia —gruñó el joven—. Lo tendré en cuenta, gracias, Johnny.

—Espera, eso no es todo —dijo McKee—. He hecho algunas averiguaciones por mi cuenta. Hace unos días, Balphax recibió una visita y no precisamente de un familiar. El visitante era Fargo Aubrett. Te suena el nombre, supongo.

—Sí —dijo Boston, muy sorprendido—. ¿Estás seguro, Johnny?

—No hay duda alguna, Larry. Bien, eso es todo. Adiós.

—Gracias, amigo.

Boston colgó el teléfono. ¿Qué relación había existido entre Balphax y el hombre de confianza de Nat Halloran?

El timbre de la puerta cortó en seco sus meditaciones. Antes de abrir, desconfiado, miró a través de la mirilla.

Lo que vio al otro lado de la puerta aumentó más sus recelos. Tras unos segundos de reflexión, se decidió a abrir, pero quedándose oculto tras la puerta, para tener ventaja en caso de verse obligado a pelear.

La mujer entró resueltamente. Vestía enteramente de luto y hasta cubría su rostro con un espeso velo. Dio unos cuantos pasos en el interior del apartamento y se detuvo, desconcertada, al no ver a nadie.

Boston sonrió, a la vez que cerraba la puerta suavemente.

—¿Lleva luto por Lou, señorita Renshaw? —preguntó.

Kitty se volvió velozmente.

—Ah, estaba ahí...

—Con ese disfraz usted resulta irreconocible —contestó él—. Tengo noticias de que mi cabeza ha sido puesta a precio y no sentía deseos de satisfacer a un posible aspirante a esa recompensa.

Kitty alzó el velo y dejó su rostro al descubierto.

—Este disfraz tiene una explicación, Larry —manifestó.

—¿Ah, sí? Tome asiento, se lo ruego. Ahora mismo le ofreceré algo para beber. Boston se acercó a una consola y empezó a poner *whisky* en dos vasos. Kitty se sentó en un diván, rígida, con las rodillas muy juntas y el torso erguido.

—No quería que nadie me reconociese, caso de que me vieran entrar en su casa —declaró, al aceptar la copa que le tendía el joven.

Boston enarcó las cejas.

—¿La siguen? —preguntó.

—Pudiera ser. No estoy segura, pero preferí evitar que me reconocieran —contestó ella.

—Sin duda, por algún motivo grave.

—Medio millón de dólares.

Boston tenía la copa a medio alzar y suspendió el movimiento de su brazo.

—¿Cómo ha dicho? —exclamó.

—Medio mili... Bueno, quinientos mil, si lo prefiere.

—Pero ¿por qué? Ah, se trata de un chantaje...

—Es el precio que me exigen por el rescate de los documentos que me robaron —respondió la joven.

Un largo silbido brotó de los labios de Boston.

—El asunto empieza a tomar forma —dijo—. Ha recibido una llamada telefónica... —Exactamente. El hombre que habló conmigo dijo solamente que tendría que pagar quinientos mil dólares, si quería recobrar los documentos robados. Añadió que ya me daría instrucciones dentro de una semana para la entrega del dinero, y dijo también que guardase absoluto secreto o podría quedarme sin esos papeles definitivamente.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco? —se indignó ella—. No sé si conseguiré reunir esa enorme suma, pero, aunque lo consiga, ¿por qué he de pagar tanto dinero por algo que me pertenece legalmente?

—Las cosas están así —dijo Boston fríamente—. Ellos tienen los documentos y a usted le interesa recuperarlos, no le demos más vuelta.

—¿Debo deducir —preguntó Kitty— que me aconseja ceda al chantaje y pague el rescate?

—No, no, yo no he dicho nada de eso. Simplemente, he expresado el estado del caso. Pero estoy de acuerdo con usted en que no debe pagar dinero.

—Sin embargo, corro el peligro de perder esos documentos para siempre —murmuró ella tristemente.

—Todavía no están perdidos. Le han dado una semana de tiempo y para nosotros es una gran ventaja. Ande, vuélvase a su casa y no piense más en el asunto. Yo me ocuparé de todo, se lo aseguro.

Kitty le miró esperanzadamente.

—¿Cree que podrá recuperarlos?

—Estoy seguro de ello —sonrió Boston.

—Pero le costará...

—Eso no es de su incumbencia. Usted quiere recobrar los documentos y los tendrá. Los detalles quedan para mí.

—Bueno, si usted lo dice... —Kitty esbozó una sonrisa—. Ahora me siento mucho mejor.

—Ha pasado mala noche, ¿verdad?

La joven asintió.

—Se me nota, supongo —contestó—. No he podido pegar ojo...

—Es que todos los días no se ve asesinar a una persona. Pero ya se le pasará, descuide.

—Me costará mucho, Larry.

—Carecería de sentimientos si lo hubiese olvidado ya —dijo el joven—. Ahora vuelva a su casa... y cuando llegue, tire a la basura ese horrendo vestido.

—Pensé que era la forma mejor de pasar inadvertida...

—En cualquier parte, usted resalta como una palada de carbón en una pista de esquí.

Pero no se apure; no tiene por qué ser una virtuosa del disfraz.

—Si hubiera sido usted, ¿qué disfraz habría elegido?

Boston la contempló durante unos momentos. Luego sonrió, muy divertido.

—Se lo diré enseguida —contestó.

Dio media vuelta y se dispuso a salir de la estancia, pero pasó junto a una ventana y vio algo en la calle que llamó su atención de inmediato.

—Kitty, temo que su treta no haya servido para nada —exclamó.

Ella se levantó en el acto, vivamente alarmada.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Veo a dos tipos sospechosos que... ¡Demonios!, juraría que se disponen a entrar en el edificio...

—¡Me buscan a mí! —gritó Kitty, aterrada.

—Tal vez, pero creo que podremos engañarles. ¡Venga, pronto! Boston tiró de la muchacha y la llevó hasta la cocina.

—Quítese el vestido, las medias y los zapatos, rápido —ordenó.

Al mismo tiempo que hablaba, abría un armario, en el que Kitty pudo ver algunas prendas de ropa.

—¿Voy a vestirme... así?

—Así se vestirá y, de este modo, engañará a los dos que van detrás de sus pasos —contestó el joven firmemente.

Llevaba un pañuelo anudado a la cabeza y vestía una bata a rayas, calzándose con unos zapatos de medio tacón. Un cigarrillo humeante colgaba de la comisura de sus labios y en las manos transportaba diversos elementos de limpieza, tales como escoba, plumero, cubo y un par de bayetas.

La cara había quedado completamente limpia, sin el menor rastro de maquillaje. Apenas habían terminado la operación de cambio de aspecto, llamaron a la puerta.

—Recuerde —dijo él en voz baja—. Sobre todo, mantenga la

serenidad.

—Me siento muy nerviosa...

—Si lo notan, podemos darnos por perdidos.

—Está bien, haré lo que pueda.

Sonó el timbre otra vez. Boston caminó detrás de la joven, pero se adelantó un poco y abrió la puerta.

—Hasta mañana, Juana —dijo.

—Hasta mañana, señor. Pero recuerde lo que le he dicho; tiene que subirme el sueldo. Esta casa no se ve limpia jamás...

—Es la casa de un solterón —sonrió el joven—. Ah, tengo visita —exclamó en tono intrascendente—. Váyase tranquila, Juana; mañana hablaremos de su sueldo.

—Caballeros, ¿quieren pasar? —invitó, cortés, a los recién llegados.

Kitty pasó junto a los dos sujetos, sin que éstos le concedieran una mirada. Boston se echó a un lado y movió la mano en ademán amistoso.

—Entren, amigos —sonrió.

—Soy Hugo Karpen —se presentó uno de ellos—. Éste es Macey.

—Tanto gusto, caballeros —dijo el joven—. Supongo que no es preciso que les diga mi nombre.

—Ya sabemos quién es —declaró Karpen—. Y usted, me imagino, ya sabe a qué hemos venido.

—Pues... no, no tengo la menor idea, aunque, desde luego, apreciaré muchísimo que me digan lo que desean.

—Queremos el contenido de una cartera que usted birló hace días a un conocido nuestro.

—Ah, se refieren al portafolios de Fargo Aubrett. Fue una buena broma, ¿verdad?

Karpen emitió un hosco gruñido.

—Nosotros podemos gastarle aún otra mejor, si no nos entrega el dinero inmediatamente —dijo.

—Lo siento muchísimo. Ya no lo tengo.

—¿Qué ha dicho? —barbotó Macey, silencioso hasta entonces.

Boston volvió los ojos hacia Karpen.

—¿Es sordo? —preguntó.

—No, no soy sordo —vociferó Macey—. Le he oído perfectamente.

—Entonces, ¿por qué ha preguntado qué había dicho, si lo ha escuchado con toda claridad?

Karpen hizo un gesto de impaciencia.

—Dejémonos de tonterías. Boston, el dinero.

—Repito que lo lamento. No lo tengo.

—Entonces, ¿qué diablos hizo con tanta «pasta»? —se asombró Macey.

—Bueno, la repartí entre sus legítimos poseedores. Ese dinero no era de ustedes, así que, ¿por qué vienen a reclamar algo que no les pertenece?

Karpen abrió la boca, estupefacto.

—¿Quiere decir que no se quedó un solo dólar de todo cuanto había en la cartera?

—Ni un penique —contestó el joven, muy serio.

—Increíble —dijo Karpen.

—Oiga, ¿por quién me ha tomado a mí? —protestó Boston, con aire digno—. ¿Acaso cree que soy un vulgar ratero?

—Vamos a ver si nos entendemos. Usted dice que no tiene el dinero.

—El buen Aubrett estuvo aquella tarde en cuarenta y dos lugares distintos, recogiendo las cuotas de una protección que nadie les ha pedido a ustedes. Al día siguiente, yo escribí cuarenta y una cartas, cada una de las cuales contenía una determinada cantidad de dinero, que fue recibida por su legítimo propietario. La cuota número cuarenta y dos fue devuelta personalmente a la persona a quien había sido expoliada, aunque, como pueden comprender, no les diré su nombre. Eso es todo, amigos.

Karpen meneó la cabeza.

—Nunca había oído nada semejante —confesó.

—A partir de ahora ya no podrá decir lo mismo —respondió el joven alegremente—. ¿Algo más?

El torso de Macey se hinchó tempestuosamente.

—Vinimos en son de paz —declaró—. Y puesto que no tiene el dinero, o no nos lo quiere dar, lo mismo importa, vamos a hacerle algo que no olvidará en su vida, y así se le quitarán las ganas de meter sus narices en asuntos que no le conciernen en absoluto.

Boston levantó una mano.

—Un momento, por favor —rogó—. Preveo, por las poco

amistosas palabras de Macey, que están dispuestos a darme una buena paliza. Les recomiendo que no me toquen siquiera el polvo de la ropa.

—Somos dos contra uno —se burló Macey.

—Les recomiendo miren a mi espalda. Yo también tengo un buen amigo, dispuesto a defenderme como sea si ustedes intentan atacarme. En estos momentos les está apuntando con un rifle. Hará fuego al menor gesto hostil, pueden estar seguros de ello.

Karpen y Macey miraron en la dirección señalada y se sobresaltaron horriblemente al ver el cañón de un rifle que sobresalía de entre unas cortinas. Boston chasqueó los dedos. — ¡Media vuelta! ¡Fuera, bergantes!— ordenó.

Abochornados, incapaces de resistir a la amenaza de un arma que dispararía apenas intentasen atacar al joven, los dos hampones giraron en redondo y salieron del apartamento.

Boston cerró la puerta con llave y luego se echó a reír. Separó las cortinas y contempló el rifle que estaba situado sobre un pedestal de ebanistería que habitualmente solía sostener un tiesto con plantas de interior.

—No sé qué habría sido de mí si no hubiese comprado este rifle de juguete para mi sobrinito —murmuró—. La verdad es que parece auténtico...

El teléfono sonó en aquel momento. Boston acudió a la sala y levantó el aparato.

—¿Sí?

—Larry, he visto salir a los dos tipos —exclamó Kitty ansiosamente.

—No se preocupe, no venían a por usted —respondió el joven—. Pero ya le explicaré en otro momento con más detalle. Ahora, vuélvase a su casa y haga una vida enteramente normal. ¿Entendido?

—Sí, pero... llámeme pronto, por favor.

—Estoy al corriente de sus problemas. No se preocupe —dijo Boston.

Colgó el teléfono y se aplicó a pensar cuál sería el siguiente paso que debía dar.

CAPÍTULO VI

El hombre caminaba tranquilamente por la calle, silbando con suavidad una vieja melodía, cuando de pronto oyó una voz proveniente de las tinieblas del callejón frente al cual cruzaba en aquellos instantes.

—Sim... Sim Thalbert...

El sujeto se detuvo instantáneamente.

—¿Quién es usted? ¿Qué diablos quiere?

—Hacerte un favor —contestó Boston, aunque sin dejarse ver todavía—. Vamos, ven, no temas.

—Váyase al infierno —contestó Thalbert abruptamente—. No necesito que nadie me haga favores.

—Entonces, ven de todas formas, porque te estoy apuntando con un revólver, y si me obligas, te pegaré un tiro en las tripas.

Thalbert respingó. Era cierto que Boston tenía un revólver y levantó el percutor con el pulgar, para que el hampón pudiera oír el ruido.

—Oiga, yo no le conozco. No le he hecho ningún daño —dijo aprensivamente—. Me estás haciendo perder ya demasiado tiempo —se impacientó el joven—. Entra de una maldita vez.

Thalbert obedeció. Una mano le sujetó por el brazo derecho, mientras la otra apretaba el cañón del arma contra su garganta.

—Ahora, a callar hasta que yo te lo diga, ¿estamos?

El hampón se sentía ahora terriblemente amedrentado. Fue obligado a caminar una veintena de pasos, después de lo cual tuvo que atravesar una puerta que daba al interior de un lugar que no conocía en absoluto.

—No te muevas —ordenó el joven.

Boston buscó el interruptor de la luz. Thalbert parpadeó al sentirse deslumbrado. Antes de que pudiera recuperarse, fue empujado nuevamente hasta el fondo de lo que era un almacén de

mercaderías, casi completamente desocupado en aquellos instantes.

Boston le indicó un viejo cajón de madera.

—Siéntate ahí y pon las manos sobre las rodillas —ordenó.

Thalbert obedeció, no sólo amedrentado, sino también lleno de curiosidad por conocer los motivos que habían impulsado a aquel desconocido a traerle a un lugar solitario. Boston sonrió al inclinarse hacia él.

—Hace dos días te vi actuar en televisión —dijo—. Fue un trabajo memorable, realmente impresionante.

—Yo nunca he actuado en televisión —contestó Thalbert, desconcertado.

—Me refería a la televisión del presidio.

El sujeto palideció en el acto.

—Ya sé a qué se refiere, pero yo no lo hice...

—A otro perro con ese hueso. Tú «pinchaste» a Balphax, porque alguien te lo ordenó. Dime quién es esa persona y te dejaré ir libre.

—Le repito que yo no...

El revólver de Boston se levantó y su cañón apuntó directamente a la frente de Thalbert. —Sim, tienes cinco segundos exactamente para darme el nombre que busco— amenazó—. Puedes elegir entre morir aquí mismo o recibir una buena recompensa por tu respuesta.

Las gotas de sudor asomaron a la frente del hampón instantáneamente.

—¿Qué... qué recompensa? —preguntó.

—Primero, habla. Luego te diré lo que vas a recibir a cambio de tus informes.

—Es cierto... Bueno, yo le «pinché». Me lo ordenó...

—¿Quién?

—Está también en presidio. Usted no le conoce.

—No importa. Dame su nombre.

—Billy Trofello.

—¿Sabes para quién trabaja?

—Fargo Aubrett estuvo a verle dos días antes, es todo lo que sé.

—Repite exactamente todo lo que te dijo Trofello.

—Bueno, dijo: «Tienes que cargarte a Balphax. Yo te daré el cuchillo y lo recogeré cuando hayas terminado la faena. Al salir, ve a ver a Aubrett; te dará dos mil “pavos”». Eso es todo.

—Y lo hiciste así, sin más, sin protestar —se asombró Boston, al

apreciar el cinismo que latía en la respuesta del sujeto.

—¿Qué quería que hiciese? —respondió Thalbert malhumoradamente—. Trofello dijo que si no lo hacía alguien me esperaría a la salida del penal y me metería cuatro balas en el cuerpo. Esa gente es muy capaz de cumplir lo que promete y yo...

—De modo que te lo ordenó Trofello, porque había estado hablando con Aubrett —dijo el joven.

—Sí, eso es lo que sucedió. Ya no le puedo decir más; Trofello se hizo cargo de la navaja, de modo que no me la encontraron cuando me registraron.

—Está bien, ya he oído lo suficiente. Puedes marcharte.

—¡Oiga! ¿Y la recompensa? Usted me prometió...

Boston sonrió burlonamente.

—Te la voy a dar en el acto... en forma de consejo. No vayas a buscar el dinero que te prometieron.

—Son dos mil dólares —protestó Thalbert.

—No busques ese dinero y lárgate de la ciudad inmediatamente, porque ellos te taparán la boca a tiros para que no puedas comprometerles. Ésa es mi recompensa, Sim; no esperes de mí ni siquiera un dólar.

Thalbert abrió la boca como para decir algo, pero se lo pensó mejor y apretó las mandíbulas. Boston hizo una señal con la mano. El hampón se puso en pie y caminó con paso vivo hacia la salida.

Cuando estaba junto a la puerta, se volvió, en actitud amenazadora.

—Usted se ha burlado de mí —exclamó—. Tarde o temprano me lo pagará, se lo aseguro. Aunque pasen años, un día iré a buscarle y...

—Será mejor que me olvides para siempre —contestó Boston fríamente.

Thalbert dio media vuelta y abrió la puerta. Al otro lado, en la oscuridad, brillaron repentinamente varios fogonazos anaranjados, a la vez que se escuchaban unos fuertes estampidos.

El sujeto retrocedió, manoteando frenéticamente. Un último disparo lo arrojó de espaldas al suelo, en donde se quedó inmóvil.

Boston se agazapó detrás de un cajón, con el revólver a punto, pero ya no hubo más disparos. Apenas hubo sonado la última detonación, oyó el rugido del motor de un coche que arrancaba a

toda velocidad.

Miró al muerto y meneó la cabeza.

—Pobre idiota —murmuró—. ¿Cómo pudiste creer en las promesas de esos canallas?

El estrépito de los disparos atraería a la gente, se dijo, pero el almacén tenía otra salida y la utilizó para desaparecer de aquel lugar antes de que llegase la policía.

Treinta minutos después se hallaba en su apartamento. Apenas se había quitado la chaqueta, sonó el teléfono.

Levantó el aparato.

—Boston —dijo.

—Hola —sonó una voz suave, de tonos insidiosos—. No sé si me conoce, pero le daré mi nombre, para refrescarle la memoria. Soy Zino Zerbst.

—Ah, Zino, claro, claro... Me han hablado mucho de usted. ¿Puedo servirle en algo?

—Me han encargado suprimirle. Usted ya sabe lo que le pasó a mi hermano.

—Yo no lo hice, Zino.

—Lo sé, lo sé. Pero mi hermano, a veces, era un poco imprudente.

—Y usted, no, por lo visto.

—Soy más inteligente que él, tanto, que me permito avisarle de mis intenciones. Ahora bien, los informes que tengo sobre usted me dicen que es un tipo terriblemente listo. Bueno, así la cosa resultará más divertida. Sorprenderle por la espalda y pegarle un tiro en la cabeza no tendría ningún mérito. Lo bueno es acechar a la presa, ver cómo trata de escapar y cazarla al final.

—Usted es el cazador y yo la presa.

—Exacto. La cacería ha comenzado ya, Larry.

—Entiendo, Zino.

—A partir de ahora ya no podrá dormir tranquilo ni dará un paso por la calle sin tener que volver la cabeza a cada instante. Además, se sentirá muy nervioso, porque no sabrá la forma en que voy a matarle, sino hasta el último instante.

—Oiga, Zino, esto promete ser muy interesante —exclamó el joven—. Sí, muy interesante, pero creo que le falta el toque que acabe por redondear su atractivo.

—¿Cómo? ¿No le parece suficiente?

—Espere un momento, Zino, dígame, ¿cuánto le pagan por quitarme del mundo de los vivos?

—Cinco mil.

—Una bonita suma. Escuche, voy a hacerle una apuesta. Mañana mismo meteré cinco mil dólares en un sobre y los dejaré en cierto lugar. Usted hará lo mismo con sus cinco mil. La persona que recibirá dichos sobres es de mi absoluta confianza, pero, como puede comprender, le diré solamente que se trata de una apuesta, aunque sin mencionar los motivos. Luego, el vencedor, se lleva los dos sobres... y así usted puede ganar el doble. En cambio, si yo ganase, sólo recibiría la mitad, es decir, su recompensa. ¿Qué le parece, Zino?

—Larry, es usted un hombre admirable, y casi me dan ganas de respetarle el pellejo, pero siempre soy fiel en mis tratos y cumplo exactamente lo que prometo. De acuerdo, acepto la apuesta. ¿Dónde dejo el sobre?

—Entrégueselo a Millicent Shaw. No le diga nada, salvo que debe guardarlo hasta nueva orden y por recomendación mía. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Ah, Larry...

—¿Si, Zino?

—Lo siento, pero no puedo desearle buena suerte.

Boston se echó a reír.

—Yo también le deseo a usted la peor suerte del mundo —se despidió.

Estaba terminando de afeitarse, por la mañana, cuando oyó el timbre de la puerta. Se limpió la cara con una toalla y luego, envolviendo en ella el revólver, abandonó el cuarto de baño.

Kitty apareció en el umbral, mirándole con expresión de reproche.

—No parece muy aficionado a madrugar —dijo críticamente.

—No es posible madrugar cuando uno se acuesta tarde —contestó él, a la vez que se echaba a un lado.

—Estuvo divirtiéndose, supongo.

—Estuve. —Boston apretó los labios—. Todavía me duelen los pies de tanto caminar anoche —añadió, de no muy buen humor, mientras se apartaba a un lado—. Siéntese y permita que termine de

arreglarme.

Kitty cruzó el umbral. Boston fue al baño, terminó el afeitado y luego se vistió, encaminándose a la cocina a continuación. El café ya estaba listo y preparó dos tazas, que llevó a la sala de inmediato.

—Estuve pateando las calles hasta las cuatro de la madrugada —dijo al fin—. Tratando de conseguir informes, aunque fue una tarea inútil, debo confesarlo.

—Entonces, ¿no hubo diversión?

—Ni lo sueñe. Pero puede que la haya a partir de ahora. ¿Sabe?, he hecho una apuesta de cinco mil dólares.

Kitty respingó:

—¿Apuesta? ¿En qué sentido?

—Sobre mi vida.

Ella se quedó estupefacta.

—No entiendo...

—Se lo explicaré, si tiene la bondad de escucharme.

Unos minutos después, Kitty se sintió abrumada al conocer el sentido de la apuesta hecha por el joven.

—Es usted un loco. En su lugar, yo avisaría a la policía...

—Y tendría que decir por qué me busca Zino, y también mencionar que estaba delante cuando «apiolaron» al asesino de su exprometido, y también mencionar el chantaje que le quieren hacer a causa de unos documentos robados. ¿Quiere que lo divulgue? —¡No!— gritó ella. —No diga nada... pero no irá a asegurar que era absolutamente necesario que hiciese la apuesta.

Boston sonrió.

—En el fondo, Zino Zerbst es un fanfarrón. Está seguro de liquidarme y quiso divertirse conmigo, porque creyó que yo me iba a echar a temblar de inmediato. Pero cometió un error.

—¿Cuál, por favor?

—El tigre no avisa nunca a la gacela que va a comérsela.

Kitty asintió.

—Entiendo —dijo—. Y ahora, usted...

—Lo primero que voy a hacer es depositar el dinero de la apuesta. Luego le haré saber a Zino que me mudo de domicilio. A partir de ahora, viviré en su casa, señorita Renshaw.

—¡En mi casa! —resopló la muchacha.

—Así es —confirmó él, sonriendo—. Aquí, en mi apartamento,

no podría prepararle a Zino la trampa con la cual pienso hacerle perder la apuesta y, además, obligarle a que me diga unas cuantas cosas muy interesantes. Por ejemplo, el paradero de los documentos que le robaron a usted.

—¿Cree que se lo dirá?

—Al menos, me dará los suficientes datos para que yo pueda extraer mis propias conclusiones y localizar el lugar donde se encuentran esos papeles —contestó Boston con acento que Kitty estimó de total seguridad en sí mismo.

CAPÍTULO VII

Minutos más tarde salían de la casa. Kitty había venido en su coche y entregó las llaves al joven. Boston se dispuso a abrir la portezuela, pero entonces observó algo extraño.

—Aguarde un momento —pidió.

Cautelosamente dio la vuelta al coche siendo observado por Kitty, que no entendía en absoluto los motivos de su actitud. Al cabo de unos instantes, Boston levantó la tapa del motor.

—Venga aquí, Kitty —llamó.

Ella acudió de inmediato y se estremeció al ver los dos cilindros que había encima del motor del coche.

—Dinamita —murmuró.

Los cilindros estaban envueltos en un papel, sobre el que se había escrito un mensaje. Inclinandose hacia adelante, Boston leyó en voz alta:

«No hay dinamita; sólo es la envoltura. Pero la próxima vez pudiera ser una trampa auténtica. Z.Z.».

No había tampoco cables que conectasen los cilindros al arranque eléctrico. Boston los separó del motor y, al peso, comprobó que, efectivamente, estaban vacíos.

—La cacería empieza a ponerse interesante —sonrió—. ¿Vamos, Kitty?

Ella estaba muy pálida.

—Larry, le aconsejo que abandone —exclamó—. No quiero que ponga su vida en peligro por mi causa...

—Aunque lo hiciera ellos seguirían buscándome. Tienen cuentas pendientes conmigo, ¿comprende?

Kitty meneó la cabeza.

—Temo que Hilda no me dio el hombre adecuado para resolver

mi problema —dijo—. ¿Por qué menciona a la señora Benger? —se sorprendió Boston.

—Bueno, ella fue quien recomendó a usted. Ya se lo dije antes, me parece recordar.

—Es cierto, pero...

Boston abrió la portezuela del coche y Kitty ocupó el asiento contiguo al del conductor. El joven se sentó tras el volante, puso el automóvil en movimiento y luego volvió a hablar.

—Kitty, dígame, ¿cuánto tiempo hace que conoce usted a la señora Benger?

—Pues... unos seis o siete meses, aproximadamente. Oiga, ¿es que sospecha de ella?

—¿Quién se la presentó a usted?

—Mi prometido. Bueno, entonces todavía no habíamos formalizado el compromiso, pero éramos buenos amigos. Hilda y yo simpatizamos de inmediato... Insisto, dígame si sospecha de ella, Larry.

—Por ahora no le puedo contestar. Tengo que conseguir más datos, para darle una respuesta en un sentido u otro.

—No podría creer que Hilda hubiese hecho algo malo, algo que pudiera perjudicarme. Siempre se portó maravillosamente conmigo, se lo aseguro.

—No lo dudo, Kitty. De todos modos, también a mí me alegraría muchísimo saber que no tiene nada que ver con el robo de los documentos. —Tendrá que comprobarlo de alguna forma, supongo.

—Sí, pero ya lo haré en el momento apropiado. Sin embargo, no se preocupe; no la siguen, como usted creyó el otro día.

—No venían por mí, ¿verdad?

—No. Querían que yo les devolviese algo.

—¿Lo hizo?

Boston sonrió.

—Les jugué una mala pasada —contestó. Explicó lo ocurrido y añadió—: Suerte que tenía el rifle que iba a regalar a mi sobrinito por su cumpleaños. Ellos creyeron que era auténtico y se marcharon con el rabo entre piernas.

—¿Va a regalar un rifle a su sobrino? —se asombró ella.

—¿Por qué no? Me lo pidió hace tiempo.

—Las armas de imitación estropean el carácter infantil. Los

juguets bélicos están proscritos, Larry, al menos en teoría.

—No me venga con cuentos sobre la influencia de las armas de juguete en la psicología infantil. Si yo no le regalase el rifle a mi sobrino, éste buscaría un palo y andaría por ahí, haciendo «pum, pum» como si tuviera de veras una escopeta, aunque fuese de imitación. Hace veinte años, nosotros, los chicos del barrio, nos fabricábamos espadas y fusiles de madera, porque nuestros padres no tenían dinero para comprarlos de juguete. Siempre ha ocurrido así, aunque usted crea lo contrario. La afición a las armas en los niños viene de muy antiguo, Kitty.

Ella se sintió incómoda de repente.

—Será mejor que dejemos una discusión que no nos conduce a ninguna parte —dijo—. ¿Adónde vamos? —inquirió.

—A dejar un sobre para Zino Zerbst. He hecho una apuesta y no me gustaría quedar mal.

—Aunque sea apostar por su vida.

—Apueste en contra de Zino y ganará —dijo Boston.

Millicent recibió el sobre, pero torció el gesto.

—Zino ha estado ya aquí y me ha dejado otro sobre. ¿Qué diablos pasa, Larry? ¿Por qué tienes que relacionarte con ese asesino?

—Tú guarda los sobres y no te preocupes de más la cosa no va contigo, Millie.

—Bueno, si tú lo dices...

—Si me ocurre algo, Zino vendrá y tú le entregarás los dos sobres. ¿Estamos?

—De acuerdo, aunque me gustaría saber...

Boston pellizcó la mejilla de la mujer.

—Ya lo sabrás a su debido tiempo —se despidió.

Boston salió a la calle. Kitty había aguardado sentada en el coche y la vio muy pálida, con cara asustada. Entonces se percató de que había dos tipos sentados en la parte trasera del vehículo.

Con aire natural, se sentó tras el volante y dio el contacto:

—Parece que tenemos compañía, Kitty —dijo tranquilamente.

—El jefe te busca, Larry —gruñó uno de los intrusos.

—¿Qué jefe? —preguntó.

—Big Jack.

—Ah, el buen Fulbertson. ¿Qué quiere de mí, si se puede saber?

—El te lo dirá en persona, cuando te vea.

Boston se volvió hacia la muchacha.

—Kitty, empiezo a sospechar que no ha elegido usted al tipo idóneo para resolver sus problemas —sonrió.

—Está usted muy bien relacionado con determinados elementos del hampa —criticó ella.

—No, no dice usted la verdad. Conozco a muchos individuos de esa calaña, pero eso no significa que mantenga relaciones no ya de amistad, sino ni siquiera de negocios con ninguno de ellos. Ya ve, no conozco a estos dos gorilas que nos escoltan.

—Yo soy Sharney Mills —dijo el que había hablado primeramente—. Mi compañero se llama Dick Bullsing.

—Es lo mismo, sigo sin conoceros. De modo que Big Jack quiere verme.

—No está de muy buen humor —declaró Mills.

—Se comprende. Creo que el otro día le birlaron la cartera con un montón de pasta.

—Lo hiciste tú, Larry. Nadie sino tú tiene los dedos tan ágiles.

—¿Robó una cartera? —se asombró Kitty.

—Debo admitirlo —contestó el joven alegremente.

—Pero eso... es un delito...

—Sí, señorita, es un delito —intervino Bullsing—. Ese tipo tan acicalado que está con usted es un ladrón, un carterista, un sujeto depravado, que no conoce la moral ni respeta la ley en absoluto.

—Ya ha oído, Kitty —dijo Boston—. Ahora ya sabe a qué atenerse con respecto a mi persona. ¿Le gustaría asistir a la entrevista que debo sostener con Big Jack Fulbertson?

—¿Quién es ese individuo?

—Un filántropo, un benefactor de la humanidad, un hombre que se desvive por los pobres. Presta dinero, ¿sabe? Usted necesita, por ejemplo, cien dólares, y sólo le tiene que pagar el veinticinco por ciento semanal, de modo que al cabo de un mes ya tiene que devolverle doscientos. Hombres como Fulbertson deberían abundar más; de este modo no habría nunca guerras, ni pobreza, ni hambre, ni paro...

Kitty se sentía atónita. No sabía si el joven hablaba en serio o bromeaba, pero el aspecto de los dos sujetos que tenía a sus espaldas, uno de los cuales le había enseñado antes un revólver, la

hacía sentirse muy intranquila.

Cuando estaban llegando, vio que Boston hacía algo en la pernera derecha del pantalón, aunque no pudo captar más detalles. Segundos después, se apeaban del coche y entraban en un edificio de no muy buen aspecto, escoltados por Mills y Bullsing, quienes en ningún momento apartaban las manos de las culatas de las pistolas que llevaban bajo la chaqueta.

—Estos chicos te volverán del revés si no me devuelves el dinero que me robaste el otro día —amenazó Fulbertson, desde el parapeto que era su mesa de despacho—. Lo has comprendido, supongo, Larry Boston.

El joven asintió.

—Perfectamente, Big Jack. Devolveré el dinero, con una condición.

—No puedes imponerme condiciones, no estás en situación de ello. El dinero o te envió al hospital.

—¿Serían capaces de hacerlo? —se asombró Kitty.

Fulbertson dirigió a la muchacha una mirada malhumorada.

—Me pregunto por qué ha tenido que venir usted a un lugar donde no había sido llamada —rezongó.

—Estaba en mi coche y sus esbirros no me ordenaron apearme —contestó la joven.

—No queríamos que avisara a la policía, jefe —explicó Mills.

—Está bien, dejémoslo. Larry, te he pedido algo. Dámelo y lo olvidaré todo.

—He hablado de condiciones —respondió Boston.

—¡Por todos los...! —Fulbertson pareció encolerizarse, pero se calmó casi en el acto—. Está bien. ¿Cuáles son las condiciones?

Boston señaló a Kitty con el pulgar.

—A esta hermosa joven le han robado de su casa unos documentos de gran valor —dijo—. Ayúdeme a recobrarlos y le devolveré el dinero y algo que, supongo, vale más todavía para usted.

Fulbertson entornó los ojos.

—La libertad con los teléfonos.

—Exacto.

—Tenía casi seis mil dólares... —Miró nuevamente a la joven—. ¿Qué clase de documentos, señorita?

Kitty vaciló. Boston levantó una mano.

—Haga que salgan sus muchachos. Esto debe quedar confidencialmente entre los tres, Big Jack.

Fulbertson chasqueó los dedos y los guardaespaldas abandonaron la estancia. Entonces, Boston explicó sucintamente lo que le había sucedido a la muchacha.

—Dice que esos documentos representan millones... —se asombró el prestamista, cuando conoció lo sucedido.

—Sí, pero no son billetes de banco ni certificados de valores. Sólo sirven para el propietario... o para el ladrón o ladrones —contestó el joven.

Kitty también se sentía asombrada, pero no formuló ninguna objeción, ya que comprendía que las propuestas del joven eran un buen medio para recobrar los documentos robados.

Fulbertson dudaba. Boston decidió remachar el clavo.

—Ella añadirá otros seis mil dólares, si, con su colaboración, consigue recobrar los documentos robados —añadió.

Kitty fue a decir algo, pero Fulbertson no le dio tiempo a hablar.

—Está bien, acepto. Pero tienes que devolverme el dinero y la agenda hoy mismo, Larry. —Uno de tus amigos puede venir conmigo a casa y le daré la libreta. Luego iremos al banco. ¿Entendido?

—Conforme. Pondré a mis muchachos a trabajar inmediatamente —prometió Fulbertson.

CAPÍTULO VIII

Cuando terminó el día, Kitty se sentía al borde del agotamiento.

Boston había desplegado una actividad inusitada. Durante el resto de la jornada habían ido de un lado para otro, visitando y hablando con gentes de la más diversa catadura, y de cuya existencia ella no tenía la menor idea. El joven, por otra parte, había gastado bastante dinero en ofrecer cantidades diversas a numerosos tipos de ambos sexos, y ella comprendió que resultaba lógico que le exigiera cien mil dólares por recobrar los documentos robados.

Cuando ya anochecía, Boston la condujo a un restaurante, en donde cenaron y recobraron las energías perdidas. Al terminar, Boston consultó su reloj.

—La trampa debe de estar ya casi terminada —sonrió—. ¿Le gustaría verlo?

—¿Dónde está la trampa?

—En su casa, naturalmente, mejor dicho, en el jardín.

Ella hizo un movimiento de cabeza.

—Cuando esto termine ya no seré la misma —aseguró—. Mi vida habrá cambiado radicalmente.

Boston emitió una suave risita.

—Ha dicho la verdad —contestó—. Conocerme a mí, es cambiar de vida por completo.

Bien, ¿vamos ya?

Kitty se puso en pie y sonrió.

—¿Qué nueva sorpresa me espera al final de la jornada?

—Vamos allá —dijo Boston con jovial acento.

Salieron del restaurante y se acercaron al coche, pero súbitamente alguien les cerró el paso.

—Deme las llaves, Larry —ordenó—. Yo conduciré el coche de la dama. Usted y ella viajarán en el otro que hay delante.

Boston miró a los ojos del sujeto y supo bien pronto que no bromeaba. La cara de Hugo Karpen expresaba una seriedad absoluta.

Sin pronunciar palabra le entregó las llaves. Karpen les acompañó hasta el automóvil señalado, a cuyo volante se encontraba Macey.

Había otro sujeto en el asiento posterior. Era enorme y apenas si dejaba sitio para otra persona.

—Lefty Wegger, *el Rompehuesos*, supongo —dijo Boston.

—El mismo —respondió el aludido—. Vamos, entra, petimetre; luego, tú y yo sostendremos una interesante conversación.

—Lefty, ella no tiene nada que ver.

—Con la chica hablaremos más tarde. Ella viajará junto a Macey.

Boston se volvió hacia Kitty.

—Lo siento —murmuró.

—No se preocupe, la culpa no es suya. —Kitty iba a decir: «La culpa es mía por haberle contratado», pero se arrepintió a tiempo y no añadió una sola palabra más.

Sin embargo, se prometió dar a Hilda un buen rapapolvo, apenas se le presentara la ocasión. Silenciosamente, pasó al asiento delantero. Boston estaba ya en su sitio y Macey hizo arrancar el coche de inmediato.

Karpen conducía el automóvil de Kitty. El viaje no duró excesivamente. Ella se sorprendió al ver el lugar al que habían sido conducidos, pero Boston no sintió la menor extrañeza.

El día anterior un hampón había sido asesinado en la puerta de aquel almacén aparentemente abandonado. Halloran, se dijo, debía de tenerlo como guarida para ciertas operaciones muy privadas, en las cuales no convenía interviniese la policía para nada.

Macey quedó guardando la puerta. Karpen condujo a la muchacha hasta un lugar donde había algunos cajones vados.

—No se mueva —ordenó con la mano en el interior de la chaqueta.

Kitty sintió que las piernas le fallaban y tuvo que apoyarse en uno de los cajones. Algo cayó al suelo con estruendo peculiar, pero no se molestó en bajar la mirada hacia la gruesa tabla situada en lo alto del cajón y que ella había tirado involuntariamente.

Boston y Wegger quedaron frente a frente. Kitty creía soñar al ver a aquel monstruoso individuo, que medía dos metros de estatura y pesaba al menos ciento veinte kilos. Un golpe de uno de sus enormes puños, se dijo, podía hundir sin dificultad el testuz de un buey.

—Me llaman el Rompehuesos, es cierto —dijo Wegger—. Pero hasta ahora no habías tenido ocasión de comprobar en la práctica si ese apodo es merecido.

—Creo que sí te lo mereces —contestó el joven sin amilanarse—. Lo que pasa es que no te han roto ninguno en tu vida y creo que ha llegado ya la hora de que pruebes en ti mismo lo que has hecho sufrir a otros.

—¿Lo harás tú? —preguntó Wegger, sonriendo despectivamente.

—No me toques o te lo haré pagar muy caro.

Hubo un instante de silencio. Kitty contenía la respiración.

Wegger se llenó los pulmones de aire. Entonces Boston, previendo el ataque inminente, se inclinó velozmente y sacó algo de la pernera derecha de su pantalón.

Kitty recordó haberle visto maniobrar en aquel lugar de su indumentaria, pero no había comprendido el sentido de la acción. Ahora podía ver los resultados.

Una varilla de acero, de casi sesenta centímetros de longitud y uno de grueso, apareció súbitamente en la mano del joven. Wegger descargaba en aquel instante su primer golpe.

Era un puñetazo y habría roto la mandíbula de Boston, de haber alcanzado su objetivo. Pero Wegger tenía la desventaja de su propio peso, lo que le hacía ser lento de movimientos.

Boston saltó a un lado. El brazo derecho de Wegger estaba aún estirado. La mano del joven subió y bajó con fulgurante velocidad y la varilla golpeó con tremenda potencia el antebrazo del gigante.

Wegger lanzó un horrible alarido. El miembro quedó inútil en el acto, cayendo al costado, rotos los huesos del antebrazo. Boston, sin embargo, decidió que no debía dejarle un momento de respiro. Aun con un solo brazo útil, Wegger seguía siendo un enemigo terrible.

Saltó lateralmente y se situó a un costado del sujeto. La varilla de metal golpeó de nuevo, ahora en la pierna derecha.

De nuevo se oyó chasquido de huesos. Wegger lanzó un aullido indescriptible y se desplomó al suelo, rotos los huesos de la pierna.

Kitty se sentía pasmada. Karpen y el otro no estaban menos asombrados. En cuestión de segundos, Boston había derrotado a alguien a quien hasta entonces se consideraba invencible.

Karpen fue el primero en reaccionar y sacó su revólver.

—Ha sido una pelea estupenda, pero con un resultado inesperado —dijo.

—Claro. Tú querías que Lefty me enviase al hospital con media docena de huesos rotos —sonrió Boston—. Ahora, es él quién se pasará unas cuantas semanas en cama...

—Tú también. Wegger no ha podido romperte ningún hueso, pero yo sí lo haré.

Los ojos del joven se entornaron.

—Una bala, supongo.

—El jefe no quiere que metas la nariz donde no te importa. Esto te servirá de escarmiento para tu curiosidad.

Kitty oyó las palabras del hampón y supo que estaba dispuesto a cumplir lo que anunciaba. Desesperadamente, se dijo que debía ayudar a Boston, pero no sabía cómo hacerlo.

De pronto su pie derecho tocó la tabla que había tirado segundos antes. Rápidamente se inclinó, asiéndola con las dos manos, y luego, al incorporarse, la hizo girar en sentido horizontal, procurando poner en el gesto todas sus fuerzas.

La tabla estalló chasqueante, al romperse contra el cráneo de Karpen, quien se desplomó al suelo, fulminado. Pero en el mismo instante ocurrió algo totalmente inesperado.

Al recibir el golpe, Karpen, por efecto del mismo, giró un poco y su brazo siguió el movimiento. Con un gesto reflejo, su índice se contrajo sobre el gatillo y el arma escupió un sonoro fogonazo.

Macey lanzó un aullido repentino y se llevó ambas manos al estómago.

—¡Hijo de perra! ¡Me has matado!

Kitty, estupefacta, dejó caer la tabla al suelo. Boston no se sentía menos asombrado, pero sin embargo reaccionó velozmente y echó a correr hacia la salida posterior.

—¡Vámonos, Kitty!

Agarró la mano de la joven, que se hallaba paralizada por el estupor, y tiró de ella. Kitty pareció salir de su estatismo y le siguió sin oponer ninguna objeción.

Antes de salir, no obstante, Boston volvió la cabeza un instante y contempló un espectáculo singular.

Wegger gemía sordamente, con un brazo y una pierna rotos. Tardaría semanas en poder salir a la calle.

Karpen yacía de bruces, completamente inmóvil. Macey estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la puerta y las manos sobre el vientre.

—Me voy a morir —gemía.

—No te echaremos de menos, cerdo —masculló el joven.

Abrió la puerta y salió al fresco aire de la noche, en compañía de Kitty quien, en aquellos momentos, no se sentía con fuerzas para pronunciar una sola palabra.

Pasó un buen rato antes de que Kitty recuperase el ánimo. Entonces volvió la cabeza hacia el joven y esbozó una sonrisa. —¿Ha sido real o lo he soñado?— preguntó.

—Nada de eso —respondió Boston—. Completamente real, aunque puede que nos provoque pesadillas durante una temporada.

—A mí, no lo dudo, pero ¿también a usted?

—Le ruego no lo repita a nadie; he pasado un miedo espantoso.

—¿Es cierto?

—Oiga, ¿acaso se cree que soy de esa clase de héroes que no conocen el miedo y que no se asustan ni se arredran ante ningún peligro, por terrible que sea? Soy un ser de carne y hueso, téngalo presente en todo momento.

—Está bien, Larry, no quise ofenderle. Perdóneme.

—Es usted quien debe disculparme. Todavía no le he dado las gracias por su gesto.

Realmente, me salvó de un serio contratiempo.

—Ese tipo quería matarle...

—No; sólo pretendía hacer con una bala lo que Wegger no pudo hacer con sus manazas. De todos modos, no habría resultado agradable. Fue una intervención muy oportuna, créame.

—Yo no sabía qué hacer —declaró Kitty—. También tenía un pánico espantoso, pero me di cuenta de que Karpen no me hacía el menor caso. Entonces reparé en la tabla, la agarré y... Bien, ya lo vio usted.

Boston lanzó una risita.

—A Karpen le va a doler la cabeza una buena temporada —dijo

—. Y en cuanto a Halloran, también tendrá muchos más dolores de cabeza. Wegger, su gorila amaestrado, irá a parar al hospital para seis semanas, cuando menos. Macey morirá muy pronto, si no ha muerto ya... y Karpen tendrá que oír muchas cosas por haber disparado contra uno de sus propios compinches. La verdad, no quisiera estar en su pellejo cuando Halloran le eche la vista encima.

—Ese Halloran, supongo, debe de tener algo que ver con el robo de los documentos, ¿no le parece? —opinó Kitty.

—No lo creo. Lo que sucede es que está resentido conmigo, porque, le estropeé el otro día un buen negocio.

—La cartera robada, ¿verdad?

—Sí.

—Pero ¿cómo es posible que no notase nada hasta que la abrieron?

—Eran dos carteras exactamente iguales. Pasé muchas semanas siguiendo los pasos de Aubrett. Cuando al fin di el golpe, todo resultó fácil.

—Entonces lo supieron cuando abrieron la cartera. ¿Qué contenía, en lugar de dinero?

—Lo siento, no puedo decírselo.

—Papeles sin valor, supongo.

—No, Kitty.

Bueno, entonces, dígamelo. ¿Acaso cree que no voy a tener valor suficiente para escucharle?

—Valor, sí, pero estómago... Está bien, usted lo ha querido.

Boston se lo dijo. Pensó que la muchacha haría gestos de asco, pero se sorprendió enormemente al verla reír con gran alborozo.

—Oh, Larry, es usted... único, inimitable... —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas a causa de la hilaridad que le producía la noticia—. Nunca podría imaginarme que usted llenase la cartera con... con...

—No es necesario que mencione esa sustancia maloliente —sonrió él—. Pero Halloran se lo merecía, créame.

—Y, ¿puedo saber por qué le jugó esa mala pasada?

—Otro día se lo contaré, pero por el momento conténtese con saber que tenía motivos para eso y mucho más. Ah, otra cosa, Kitty. ¿No le resultará incómodo tenerme como huésped en su casa?

—En absoluto. Además, cerraré con llave la puerta de mi

dormitorio —contestó ella.

—No es usted muy razonable, Kitty.

—Conozco su fama, Larry. Prefiero estar prevenida.

—De modo que conoce mi fama, ¿eh? Seguro que alguien le ha contado muchas cosas de mí.

—Sí, aunque no le daré el nombre.

—Es igual, ya me lo imagino. Fue Hilda Benger. No supo ser discreta; yo también podría contar muchas cosas de ella y ya ve, prefiero guardar silencio, porque soy un caballero, aunque usted lo dude encerrándose con llave en su dormitorio.

—Era sólo una frase, Larry.

—Pero debiera haberlo pensado muy bien antes de decirlo. ¿Es que ya no recuerda que abrí una puerta con una cerradura mucho más complicada que la de su dormitorio?

—Es verdad, lo siento, no había dado en ello. Pero, de todos modos, su reputación...

—Kitty, usted conoce mi reputación solamente de oídas. Pero de todos modos tiene que saber una cosa; yo nunca accedo al dormitorio de una dama, a menos que haya sido específicamente invitado por ella.

Kitty abrió la boca para decir algo, pero ya estaban llegando a su casa y la conversación tuvo que suspenderse forzosamente.

CAPÍTULO IX

Después de cambiarse de ropa, Kitty dijo que se sentía todavía bastante nerviosa. Boston le hizo tomar un par de copas y ella empezó a tranquilizarse.

—Ahora, váyase a la cama tranquilamente y no se preocupe de más —aconsejó—. Yo vigilaré mientras tanto.

—¿Vigilar? ¿A quién teme? —se sorprendió ella.

—Es posible que, esta misma noche, reciba una visita —contestó Boston—. Por eso le pedí hospedaje en su casa. Además, unos amigos míos han estado trabajando en el jardín, preparando la trampa para el tipo que va a venir a visitarme.

—Zino Zerbst —adivinó la joven.

—El mismo. Por tanto, saldré al jardín, buscaré un sitio cómodo y esperaré a que llegue ese asesino.

—¿No tiene miedo ahora?

Boston hizo un gesto negativo.

—Ahora la iniciativa está de mi parte —respondió—. Ande, váyase tranquila a la cama. Kitty se marchó, aunque no tan tranquila como habría deseado su huésped. Boston tomó otro trago de coñac y luego salió al jardín y buscó la zona más oscura.

Había zonas ligeramente iluminadas por los faroles del exterior, pero también había lugares donde la oscuridad resultaba absoluta. Boston examinó el sitio donde sus amigos habían estado trabajando por la tarde y sonrió complacido al pensar en la sorpresa que se iba a llevar Zerbst.

Zino poseía demasiado orgullo, estaba excesivamente seguro de sí mismo y de sus mortíferas habilidades. «El tigre va a resultar cazado esta noche», se dijo.

Había una tumbona donde Kitty tomaba el sol en ocasiones, y la ocupó para sentirse más cómodo. El sueño, pese a todo, le venció, y se quedó dormido.

Un ligero chasquido le despertó repentinamente, después de un tiempo que no supo calcular por el momento. Alguien se movía en las inmediaciones.

Abandonó la tumbona y se deslizó sin hacer ruido entre las sombras. De pronto, vio una silueta a diez o doce pasos de distancia.

—¿Zino?

El pistolero se envaró.

—Me esperabas —dijo.

—Cierto —admitió Larry.

Algo brilló pálidamente en la oscuridad. La pistola de Zerbst emitió un par de ligeros fogonazos, sin hacer ruido.

—No has acertado, Zino —dijo el joven, a unos cuatro metros más allá del lugar al que el asesino había dirigido sus disparos.

Zerbst hizo fuego de nuevo. Boston soltó una risa burlona.

—¿Es que el tigre no sabe encontrar a la gacela?

Astutamente, iba llevando al pistolero de un lado a otro del jardín, tratando de conducirlo hasta la trampa preparada durante la tarde. Zerbst empezó a ponerse nervioso.

—¿Dónde diablos estás, Larry? Debes tener una pistola. ¿Por qué no la usas contra mí?

Prefiero emplear la inteligencia, Zino. ¿No eres capaz de localizarme?

Boston asomó un instante y se escondió en el acto detrás de un grueso olmo.

—¡Uhú! —dijo, en son de burla.

Furioso, Zerbst dio un salto hacia adelante. Inesperadamente, el suelo se hundió bajo sus pies y sintió que se sumergía en una sustancia densa y pegajosa.

Al caer, levantó los brazos instintivamente y perdió la pistola. Cuando quiso refrenar su descenso, notó que aquella pasta le llegaba hasta el cuello.

—¡Larry! ¿Qué diablos es esto? —preguntó.

Boston abandonó su escondite. Tenía una linterna de gran tamaño en la mano y la encendió, dejándola en el suelo a un par de metros del lugar donde se hallaba el asesino.

Zerbst volvió la cabeza a un lado.

—¡Aparta esa maldita luz! ¡Me hace daño a la vista!

Boston se puso en cuclillas y encendió un cigarrillo tranquilamente. La lámpara iluminó la pistola de Zerbst, caída en un lugar inalcanzable ahora por su dueño.

—Hablemos, Zino —propuso tranquilamente.

—No tengo nada que decir —contestó el pistolero con hosco acento.

—Oh, sí, ya lo creo que tienes que decir, y mucho. ¿Sabes en qué sitio estás ahora?

—Esto parece... cemento...

—Es cemento —confirmó el joven—. Unos amigos míos cavaron un hoyo de dos metros de profundidad, por uno y medio de lado, y vertieron en él cemento líquido hasta una altura de un metro y sesenta, que es la distancia que hay de tu pescuezo al suelo. Por tanto, quedan todavía cuarenta centímetros de diferencia por rellenar... y yo tengo ya preparado el cemento que falta.

—¿Vas a enterrarme vivo? —dijo Zerbst, lleno de pánico. Por más esfuerzos que hacía, le resultaba imposible salir de aquella trampa y el anuncio de que había más cemento le aterró.

—Oh, no, en absoluto. Taparé el hoyo cuando ya estés muerto, Zino.

—Tardaré mucho, si no me pegas antes dos tiros.

—No pienso usar un arma, pero a ti te conviene emplear tu cerebro. Zino, el hoyo ha estado cubierto por una débil tela pintada de verde, que se ha hundido con tu peso. Ese tejido, sin embargo, ha sido suficiente para mantener el cemento fresco durante más tiempo del corriente. Pero ahora el cemento ha quedado en contacto con el aire. Se endurecerá... y tú estás dentro, y a medida que se solidifique irá comprimiendo tu cuerpo, hasta ahogarte de una forma muy poco agradable. Tu agonía puede durar horas enteras... y entonces, sí, cuando ya estés muerto, yo taparé el hoyo con más cemento. Luego echaré tierra, sembraré un poco de césped y nadie sabrá jamás que estás aquí sepultado.

Los ojos de Zerbst rodaron en sus órbitas.

—Pero tú puedes sacarme de aquí —dijo.

—Claro que sí. Tengo cuerdas... aunque no te moveré un centímetro hasta que hayas «cantado», ¿lo entiendes?

En aquel instante se oyeron pasos en las inmediaciones. Boston se volvió rápidamente. —Soy yo, Kitty— sonó de pronto una voz

inconfundible.

El joven volvió a su primitiva posición, en cuclillas y con el cigarrillo colgando de la comisura de los labios.

—¿Qué le parece el espectáculo? —preguntó.

—Así que ésta era la trampa que había preparado —dijo ella, admirada.

—Yo, no; lo hicieron mis amigos, pero da lo mismo. Acomódese por ahí, Kitty; va a presenciar una sesión de ópera. Aquí el amigo Zino, autor de varios asesinatos, va a cantar el «Adiós a la vida», de Tosca. Empieza cuando gustes...

—¡Maldita sea! ¡Yo no sé nada! —aulló Zerbst.

—Zino, no tenemos prisa. Ninguno de los dos, es decir, la dueña de la casa y yo, estamos metidos en cemento hasta el cuello. Supongo que la señorita Renshaw se sentirá un poco aprensiva en los primeros tiempos, cuando se pasee por el jardín y piense que estás enterrado en él, pero a todo se acostumbra uno y cuando vea nacer las primeras flores, acabará por olvidarte. ¿No es cierto, Kitty?

—Sí, Larry —contestó la muchacha, que comprendió debía seguir la corriente a su huésped.

—Pero por todos los diablos. Si yo no sé nada... —sollozó Zerbst, que ya empezaba a desmoralizarse.

—Tú estás al corriente de muchas de las trapacerías de Halloran, no me vengas ahora con historias que no puedo creer —dijo Boston, inflexible—. Seguramente has oído hablar de un asunto de medio millón. Dime lo que sepas y traeré las cuerdas. De lo contrario, créeme; no moveré un dedo para sacarte de la trampa.

El cemento comenzaba ya a ejercer una presión poco agradable sobre su cuerpo. Zerbst se sintió completamente derrotado.

—No he oído mucho —declaró—. Sé que dijeron que no puede fallar, que Balphax se encargaría de ello. Luego fue a presidio y allí lo «apiolaron»...

—Eso ya lo sabemos también, Zino. ¿Qué más has oído?

—Creo que Halloran tiene unos papeles muy importantes, aunque no sé dónde los guarda. Oí a Aubrett comentar que el sitio no le parecía seguro, pero Nat insistió en que nadie sospecharía del escondite. Eso es todo lo que puedo decirte, lo juro.

Boston reflexionó unos instantes. Al fin se volvió hacia la dueña

de la casa.

—Creo que ha dicho todo lo que sabe —manifestó.

—¿Va a soltarle ahora, Larry?

—¿Qué otra cosa puedo hacer, Kitty?

—Es un peligroso asesino. Debiera avisar a la policía...

—¡Ni hablar! —contradijo él con gran vehemencia—. Harían demasiadas preguntas y eso no nos conviene. Aunque no me guste, tengo que soltar a este perfecto hijo de perra.

—Quedará suelto, para seguir cometiendo más crímenes...

—Yo me encargaré de evitarlo —aseguró el joven.

Incorporándose, fue en busca de una cuerda que ya tenía preparada y regresó junto a la trampa.

—Agárrate, Zino.

Zerbst obedeció. Kitty observó que Boston era mucho más fuerte de lo que aparentaba, cuando vio que el pistolero emergía sin demasiadas dificultades. Sin embargo, Zerbst quedó en el suelo, cubierto de cemento hasta el cuello e incapaz de moverse.

—No te muevas —ordenó Boston.

Había preparado también una manguera y la conectó, enfocando el chorro directamente sobre el cuerpo del pistolero, hasta que quedó completamente limpio. Cuando terminó, le encañonó con su propia pistola.

—Andando, Zino.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Zerbst, desmadejado.

—Has venido en tu coche, ¿verdad?

—Sí.

—Te marcharás en él, pero yo lo conduciré. —Boston se volvió hacia la joven—. No me espere levantada; es probable que tarde bastante en regresar. Pero no se sienta intranquila por mí y haga vida normal. ¿De acuerdo?

—Sí, como usted diga, Larry.

Boston empujó rudamente al pistolero.

—En marcha, canalla... y tú sí que te mereces ese calificativo.

Eran casi las diez de la noche siguiente cuando Kitty, al entrar en el salón, vio atónita a Boston sentado en una butaca, con una copa en una mano y un largo cigarro en la otra.

—¡Has vuelto! —exclamó.

—Así es —confirmó él alegremente—. Estoy aquí, aunque esta

noche me volveré a mi apartamento. Sólo vine para contarle lo que ha sucedido con Zerbst y conseguir así que se tranquilice.

—¿Qué le has hecho? —preguntó la joven.

—Oh, lo llevé a un lugar situado a casi doscientas millas, en las montañas. Viajó en el maletero del coche, por supuesto; así no tuve que preocuparme de él. Luego lo dejé abandonado en lo más intrincado de la espesura.

—Pero encontrará el camino de regreso...

—Lo dudo.

—¿Por qué?

Boston dirigió a la joven una mirada oblicua.

—Le hice ver la conveniencia de no volver por la ciudad jamás —contestó.

—Suponiendo que acceda.

—Accederá. Zerbst ha cantado y sabe que se ha convertido en un hombre «marcado».

Halloran no lo perdonaría jamás, ¿comprende?

—Sí. Pero, tarde o temprano encontrará el camino de vuelta, supongo.

—Más bien tarde, Kitty —sonrió él—. De todos modos, ¿no cree que se merece pasar unos apuros, perdido allá arriba, entre los árboles del bosque? Hay pumas, osos... Quizá alguna de estas fieras se dé un banquete hoy mismo.

—Si encuentra su coche...

—Kitty, Kitty, ¿acaso cree que yo he vuelto a pie?

Ella se puso colorada.

—Oh, dispénsame, Larry.

Bostonapuró la copa y se puso en pie.

—En fin, ya sabes qué ha sido de Zino y no debes preocuparte más por él. Ni yo tampoco, créeme. Ah, otra cosa; uno de estos días hablaré con Halloran, para que me diga el escondite tan seguro donde guarda los documentos que te robaron.

—Ya no nos queda mucho tiempo para pagar el rescate —le recordó la joven.

—Nos queda todo el tiempo del mundo —sonrió él.

Y se encaminó hacia la puerta. Cuando pasaba por delante de Kitty, la vio morderse los labios.

—¿Se te olvida algo? —preguntó, cortés.

—No... Bueno, es decir... Se trata de una pregunta de índole particular —dijo Kitty, vacilante.

—Habla, no tengas miedo. Todo lo que puede pasar es que no te conteste.

—Es... Se trata de algo que dijiste anoche... sobre los dormitorios de ciertas damas...

—¿Me vas a abrir el tuyo?

Kitty dio un paso hacia atrás instantáneamente.

—¡Noooo! —exclamó con viveza.

—Entonces, ¿por qué te preocupan los dormitorios ajenos? El tuyo es el que debe importarte —dijo él con toda desenvoltura.

Abrió la puerta y se volvió.

—De todas formas, si cambias de opinión...

Kitty agarró un jarrón que había sobre una consola y lo levantó sobre su cabeza.

—¡Vete, vete antes de que me arrepienta, tipo inmoral!

Desvergonzado, ahora comprendo por qué te aplicaron un apodo que está completamente justificado.

Boston se echó a reír.

—Tienes suerte —dijo—. Todas me llamaron canalla, pero fue después de salir de su dormitorio. En cambio, tú me lo has llamado antes de entrar.

—No entrarás nunca, ¡lo juro!

Kitty miró fijamente al joven y vio algo en su expresión, que la hizo sentirse llena de dudas. ¿Acabaría cediendo?, se preguntó.

CAPÍTULO X

Esta vez, Fargo Aubrett iba acompañado de dos fornidos sujetos, de rostros duros, pétreos, pero amenazadores. Flanqueado por los dos guardaespaldas, Aubrett entró en el bar de Millicent Shaw y se dirigió rectamente al mostrador.

—Sírvenos de beber —pidió secamente.

Millicent obedeció. El local estaba lleno de gente en aquellos momentos y la llegada del siniestro trío provocó un silencio absoluto.

De mala gana, Millicent puso tres copas delante de los hampones. Aubrett cogió la suya, pero no llegó a probar su contenido.

—Fargo, deje esa copa sobre la barra —sonó de pronto una voz que provenía de uno de los rincones del local.

El sujeto se volvió lentamente. Sus dos guardaespaldas le imitaron.

Aubrett emitió un juramento en voz baja al reconocer a Boston. Luego hizo un leve gesto con la cabeza.

—Echadle de aquí, muchachos —ordenó a sus matones.

Los «gorilas» dieron un paso hacia adelante, pero se detuvieron en seco al ver aparecer súbitamente un revólver en la mano del joven.

—Quietos, chicos —dijo Boston, sin perder la calma—. Tú, Fargo, deja esa cartera sobre el mostrador.

Los dientes de Aubrett chirriaron.

—Esto te va a costar caro.

—Más caro te va a costar a ti —sonrió el joven—. Halloran te preguntará por qué no miraste antes de entrar aquí, sabiendo que podías encontrarme.

Aubrett empezó a sudar.

—Escucha, Larry; podríamos intentar un arreglo.

—¡Arreglo! —Una vena latió repentinamente en la frente del joven, en cuyo rostro apareció una expresión de furia indescriptible —. Un arreglo con vosotros, cerdos... cuando lo que debería hacer es meterte cuatro balas en tus asquerosas tripas. ¿Es que ya no te acuerdas de Nancy Peiton?

Aubrett estaba lleno de pánico.

—Yo... Lo siento, no lo hice.

—Es como si lo hubieras hecho —dijo Boston, tratando de dominar la furia que sentía—. Sé quién lo hizo y lo pagará algún día, pero mientras llega ese momento voy a hacerle padecer las mil agonías del infierno. Díselo así cuando lo veas, ¿me entiendes?

—Sí, sí, se lo diré.

Aubrett inició una prudente retirada, aunque sin olvidarse algo muy importante. Boston lo vio y emitió un poderoso rugido.

—¡Deja ahí esa maldita cartera, Fargo!

Aubrett la soltó como si hubiera sido una serpiente venenosa. Durante unos segundos quedó en el mismo sitio, indeciso, sudando a chorro, sin saber qué hacer y percatándose de que la protección de sus guardaespaldas era absolutamente inexistente.

—¡Fuera, fuera los tres de aquí! —ordenó Boston.

Los hampones se marcharon. Boston se levantó, fue al mostrador y se apoderó de la cartera.

—Siento que esto haya tenido que pasar aquí, Millie —dijo.

La dueña del bar hizo un gesto con la cabeza.

—No tiene importancia, pero ten en cuenta una cosa: esos tipos estarán aguardándote en la calle. No creas que te vas a marchar tan fácilmente, Larry.

Boston sonrió.

—Ahora verás cómo me despego de ellos —contestó.

Abrió el portafolios y, con él bajo el brazo, abierto, se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, agarró unos billetes y los tiró al aire.

—¡Ahí va eso, chicos!

Un espantoso tumulto se produjo inmediatamente en el local. Millicent sonrió complacida al darse cuenta de las intenciones del joven.

Boston salió a la calle. Los clientes le siguieron en el acto.

Con el rabillo del ojo vio que tres hombres se encaminaban hacia él. Metió la mano en la cartera, extrajo un puñado de billetes

y los lanzó al aire, en dirección a los hampones.

Instantáneamente se produjo una fragorosa estampida de gente que se peleaba por conseguir algún billete. Los transeúntes se unieron sin pérdida de tiempo al alboroto.

Boston continuó arrojando más billetes. Aubrett y sus secuaces trataron inútilmente de impedirlo mezclándose con la gente, pero fueron arrollados por la multitud que se disputaba ferozmente el dinero que llovía de las alturas.

Cuando la cartera estuvo vacía, Boston se retiró prudentemente a un lado. Debajo de decenas de pies de ambos sexos, Aubrett y sus compinches se debatían furiosamente, tratando de escapar a la catástrofe que se había abatido tan inesperadamente sobre ellos.

El tumulto empezó a calmarse cuando ya no hubo más billetes. Boston vio a Aubrett que se sentaba en el suelo, con las ropas desgarradas, el rostro ensangrentado y un ojo cerrado, y le tiró el portafolios a la cara.

—Llévaselo a tu amo, bastardo —le apostrofó.

Se oyó la sirena de un coche de patrulla. Boston empezó a alejarse de aquel lugar.

Un poco más adelante divisó a una mujer apoyada en una esquina, pero no le prestó ninguna atención. Cuando pasaba por delante de ella, oyó una voz conocida:

—Ha sido un bonito espectáculo, ¿verdad, Larry? —dijo Kitty Renshaw.

Boston se volvió instantáneamente.

—¿Qué diablos haces aquí? —barbotó.

—¿Quién era Nancy Peiton? —inquirió ella.

El joven se pasó una mano por la cara.

—Vamos, te lo contaré por el camino —dijo—. Pero antes tienes que explicarme qué hacías aquí, en estos parajes y a estas horas.

—Bueno, yo sabía que hoy era el día en que Aubrett haría el recorrido de recaudación, tú mismo me lo explicaste días atrás. Te llamé a tu casa y no contestabas, así que pensé que podrías estar en el bar de Millicent. Entonces me vestí apropiadamente y acerté.

Boston la exploró con la mirada durante unos segundos.

—Has sabido utilizar el atuendo apropiado —sonrió.

—No es que tenga práctica, pero una lee libros y ve películas... Lo que menos me gusta es llevar un kilo de pastas diversas encima

de la cara, pero ya me lo quitaré todo cuando vuelva a casa. ¿Qué te parece la peluca?

Era de un horrible color rojo, enorme, llena de rizos. El joven hizo un gesto con la cabeza.

—Eso espantaría a los clientes —bromeó.

—No buscaba clientes —dijo Kitty—. ¿Quién era Nancy Peiton? —repitió la pregunta.

—¿Dónde tienes tu coche?

—Dos manzanas más allá, al volver la próxima esquina.

—Está bien.

Ella comprendió que Boston no tenía aún ganas de hablar y supo ser paciente. Cuando llegaron al coche le entregó las llaves. Al sentarse, la falda, extremadamente corta y además abierta por el costado izquierdo, permitió ver las piernas casi por completo, enfundadas en seda negra y sujetas las medias por las presillas del ligero. Kitty intentó bajarse la falda, pero resultó inútil.

—Me resignaré a dar el espectáculo —dijo.

—Es maravilloso —aseguró él, a la vez que daba el contacto.

—Voy a hacerte una pregunta clásica: ¿A cuántas les has dicho lo mismo, Larry? —Como dijo el poeta, el número de estrellas es infinito, lo mismo que el de los granos de arena de la playa.

—No eres modesto, ¿eh?

—Desde pequeñito me acostumbraron a decir la verdad en todo, Kitty.

—Entonces, contesta a mi pregunta, ya sabes cuál.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo curiosidad. Soy mujer.

—Eso es algo que no se puede negar. Incidentalmente, ¿sabes algo del chantajista? —Iba a decírtelo. Me ha llamado hoy, precisamente pocos minutos antes de salir de casa. Tengo tres días para preparar el dinero.

—¿Y si no accedes?

—Quemará los documentos y, para que no me queden dudas, filmará la escena con una cámara de televisión y me enviará la cinta de vídeo grabada.

—Kitty, hay algo que todavía no me has dicho, y me gustaría saberlo —manifestó el joven.

—¿Qué es, Larry?

—El nombre de la sociedad cuyas acciones posees en su mayor parte. Es una empresa minera, creo.

—Sí, la Investments Mining. Invertí en ella casi todo mi capital. Heredé una bonita fortuna cuando murieron mis padres, y decidí que no era prudente tener parado el dinero, reproduciéndose con mucha lentitud en un banco.

—Te pagaban poco interés.

—No demasiado, ésta es la verdad.

—Pero tú no eres experta en temas financieros...

—Tenía, y tengo, un buen asesor, Larry —declaró la joven.

—¿Puedes darme su nombre, por favor?

—Claro. Se llama Bengy Keogh. Si quieres te daré la dirección.

—No hace falta, ya la sé.

—¿Le conoces? —se sorprendió ella.

—Tuve tratos con él en tiempos. Mañana iré a verle. Si no tienes inconveniente, claro.

—Ninguno, Larry. ¿Tienes un cigarrillo?

Boston sacó un paquete de tabaco y se lo entregó. Ella encendió dos cigarrillos, le pasó uno y luego exhaló el humo, reclinada en su asiento, con aire placentero.

Un semáforo se puso en rojo y Boston frenó. Estaban debajo de un farol. La mirada del joven bajó hasta las hermosas piernas que tenía al lado.

—Sigue, sigue contemplándolas —dijo Kitty—. El espectáculo es gratis, pero ¿eran más bonitas las de Nancy Peiton?

—Lo más hermoso que tenía Nancy eran los ojos.

Kitty captó el sentido del verbo y se estremeció ligeramente.

—Ha muerto —adivinó.

—Tenía una tienda de ropas para niño y le iba muy bien. Aubrett fue un día a exigirle la cuota de protección y ella se negó. Fue Halloran el que lo hizo en persona, para demostrar a sus hombres que era capaz de hacer él mismo lo que les ordenaba a ellos.

—¿Y...? —dijo Kitty, temblando interiormente al presentir una horrible revelación.

—Le arrojó a la cara el contenido de un frasco de vitriolo. Nancy quedó ciega y no lo pudo soportar. Era una mujer que amaba la luz, los colores, los paisajes, el cielo azul por el día y estrellado por la

noche; exultaba de vida y pensaba en un futuro maravilloso. Resplandecía cada vez que me miraba y yo veía en sus ojos una luz que no he vuelto a ver en ninguna otra mujer. Pero todo eso ya no existe. Un día se tiró a la calle. Vivía en un apartamento de la planta catorce.

Kitty apretó los labios. Casi sentía ganas de llorar. A tientas, buscó una mano del joven y la apretó cálidamente.

—Lo siento de veras, Larry —dijo.

—Tuve que aprender a sobreponerme a su pérdida. Cuando la atacó Halloran faltaban apenas un par de semanas para nuestra boda —concluyó el joven.

CAPÍTULO XI

Una atildada secretaria introdujo a Boston en el despacho de Bengy Keogh, consultor y consejero financiero. El despacho estaba montado con gran lujo y Keogh sabía hacer honor con su atavío a la decoración de la estancia.

—Tengo idea de haber oído su nombre, señor Boston —dijo el sujeto, al estrechar la mano del visitante—. Me parece que ambos somos de la misma profesión...

—Se equivoca, pero no importa —sonrió el joven, a la vez que tomaba asiento—. Señor Keogh, me gustaría hacerle algunas preguntas, acerca de una empresa que se fundó hace relativamente poco, la Investments Mining. ¿Puede decirme algo al respecto?

Keogh sonrió.

—No me es permitido darle demasiados detalles, como comprenderá —repuso—. El secreto profesional, ya sabe.

—Claro, claro —dijo Boston—. Pero es que da la casualidad de que represento a la propietaria del mayor paquete de acciones, Kitty Renshaw. Usted sí habrá oído su nombre.

—Por supuesto. Yo mismo le aconsejé esa inversión.

—Según tengo entendido, la mina está situada en Derrelict Plains, a unos cuatrocientos ochenta kilómetros de aquí.

—En efecto, así es, y las primeras prospecciones han dado unos resultados muy alentadores.

—Señor Keogh, permítame decirle una cosa. He estado en el Registro de Tierras y en las oficinas de la All Prospect Land, la más importante empresa de análisis de minerales. Los terrenos de Derrelict Plains son solamente una zona baldía, árida, sin agua, esencial para una explotación minera, y en la A.P.L., me han informado que el oro que pueda encontrarse allí no serviría siquiera para un anillo de boda.

Boston se puso en pie.

—Usted redactó una serie de documentos falsos, que entregó a una persona incauta para hacerle objeto de una trampa, que está a punto de surtir sus efectos. Desconozco quiénes son sus cómplices, pero ya puede ir avisándoles de que no obtendrán lo que buscan, porque la propietaria de los documentos no piensa entregar un solo centavo para recuperarlos.

Keogh tenía la cara completamente blanca y no hallaba palabras para responder a las acusaciones de su visitante. Boston se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, desde la que se volvió, para lanzar su última andanada.

—Antes dijo usted que éramos de la misma profesión —le recordó—. Está equivocado; yo siempre fui honesto con mis clientes y jamás les aconsejé que invirtieran su dinero en empresas ficticias ni que comprasen tierras en las que ni las tarántulas querrían vivir.

Salió del despacho, se despidió de la secretaria y bajó a la calle. Discretamente, aguardó en las inmediaciones unos minutos.

Al poco rato vio aparecer a Keogh. El hombre parecía terriblemente nervioso. Debía de sentirse muy inseguro de sí mismo, porque no iba a viajar en su coche, ya que detuvo el primer taxi que pasaba por su lado.

Boston arrancó inmediatamente tras él. Tenía el motor en marcha y sonrió al pensar que Keogh no se atrevía siquiera a conducir.

—Le he destapado el pastel y tiembla como un azogado —murmuró.

Un cuarto de hora más tarde el taxi se detuvo junto a un edificio que Boston conocía muy bien. El joven sonrió.

—Lógico, enteramente lógico —se dijo.

Buscó un lugar apropiado, viró en redondo y se encaminó a cierta casa, cuya dueña, pensó, iba a recibir una pésima noticia.

Kitty sintió que le flaqueaban las piernas y tuvo que sentarse en el diván, cuando conoció el resultado de la entrevista de Boston con su asesor financiero.

—No... no es posible... —gimió—. He perdido casi dos millones de dólares...

—No los has perdido aún —aseguró él.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? Las tierras de Derrelict Plains son áridas, sin agua. No sirven para nada y yo compré allí varios

millares de hectáreas. Algún día, quizá, filmarán una película del Oeste y me pagarán una miseria por los derechos de estancia...

Boston sonrió.

—Sí, según la descripción, es el lugar ideal para una película de colonos que van al Lejano Oeste, con sus carromatos —admitió.

—Pero ¿cómo pudiste tú saber tanto en tan poco tiempo? —se admiró ella—. Yo he permanecido en la ignorancia desde que fundé la sociedad...

—Porque no eres experta en la materia, Kitty.

—Ya lo sé. Por eso mismo busqué alguien que lo fuera.

—Y caíste de bruces en los brazos de Keogh.

—¡Eh, poco a poco! —protestó la joven—. No tengo nada de qué avergonzarme...

—Hablabas en metáfora —puntualizó él.

—Ah, siendo así... Bueno, me recomendaron a Keogh.

—Para qué invirtieses tu dinero.

—Sí.

—Y Keogh te habló de las tierras de Derrelict Plains.

—En efecto.

—Y tú compraste sin más, a ciegas.

—El me mostró documentos de análisis de minerales. Eran muy satisfactorios, Larry. —Todas las falsificaciones son satisfactorias —dijo Boston críticamente—. De lo contrario no engañarían al «primo», femenino en este caso.

—Por favor —rogó ella—. No me atormentes, demasiado lo lamento, para que tú vengas ahora a revolver el hierro en la herida.

—Dispénsame, pero sólo estoy diciendo lo que creo es la verdad. Bueno, y hablando de otra cosa, ¿quién te recomendó a Keogh?

Kitty se agitó en su asiento, muy incómoda.

—Hilda Benger —murmuró.

—Hilda, claro —exclamó él—. No podía ser otra...

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sabes de mi amiga?

—Tu amiga no es de toda la vida, creo.

—No. Nos conocimos hará siete u ocho meses. La vi muy simpática, afectuosa, servicial...

—Sí, claro. Es su especialidad, aunque creí que lo habría dejado porque se comportaba como una gran dama.

—¿Su especialidad? —repitió Kitty, estupefacta.

—Keogh es un timador profesional e Hilda su «gancho». Oh, no creas que se dedican a cosas de poca monta, de unos cientos de dólares o algo por el estilo. Ellos idean operaciones de gran envergadura y no les importa emplear en el trabajo todo el tiempo que sea necesario. Sé de un caso en que tardaron más de un año en «despluman» a su víctima, con que no resulta extraño que, para sacarte medio millón, hayan empleado estos siete u ocho meses.

—Todo ese tiempo... ¿han estado trabajando? —dijo ella, pasmada.

—Sí, claro. Hilda tenía que ganarse tu amistad y confianza; te recomendó a Keogh, éste preparó el escenario, compró las tierras de Derrelict Plains por cuatro cuartos, falsificó luego los documentos de análisis y, al fin, asesorado por él, fundaste la Investments Mining, en cuya operación empleaste la mayor parte de tu capital, que precisamente se empleó en la compra de las tierras.

—Las tierras no me costaron tanto como crees, Larry —adujo Kitty.

—Sí, ya lo sé, pero ahora respondes con tu capital de las acciones emitidas, que es lo mismo que si hubieras hecho el gasto. Aunque la mayor parte te pertenecen, hay otros accionistas a los que deberás indemnizar y querrán dinero contante, no promesas sobre un trozo de desierto.

—Me quedará en la ruina...

—No tanto, porque no tienes que pagar el medio millón que te exigían los estafadores.

Eso sí te habría vuelto los bolsillos del revés.

—Larry, ¿cómo es posible que sepas tantas cosas?

—También hacia lo mismo que Keogh, sólo que yo actuaba honestamente —explicó él—. Luego sucedió lo de Nancy y dejé la profesión una temporada.

—Para vengarte de Halloran.

—Podía haberle pegado un tiro, pero no habría sido suficiente. Eso, además, no resolvía otros problemas. Por eso pasé tanto tiempo empleándolo en investigaciones muy distintas de las que solía hacer. Además, tuve que aprender muchas cosas que ignoraba. —Boston sonrió—. Por ejemplo, birlarle la cartera a un tipo o abrir una caja de caudales sin conocer la combinación... Un amigo, experto en esos asuntos, me enseñó el oficio.

—Tu nuevo oficio.

Boston se puso serio.

—En cierto modo, me sirvió también para olvidar —contestó—. Pero cuando esto acabe, volveré a mi despacho.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo y añadió:

—Incidentalmente, apenas dejé a Keogh le vi salir de su oficina y correr en busca de Halloran. Eso significa que, en este asunto al menos, tiene cierta relación con ese tipo, aunque ignoro por qué un estafador como él, que roba el dinero a la gente pero que no vierte jamás una gota de sangre, ha tenido que mezclarse con un gángster y asesino.

—¿Lo estimas preocupante, Larry?

—En todo caso, más para Keogh que para nosotros. Pero ya lo averiguaré, no te preocupes. Ah, y otra cosa; no lo has perdido todo.

—¿Tú crees?

—Por lo menos conservas el medio millón. Es cierto que tendrás que indemnizar a los tenedores de acciones, que no valen el papel en que están impresas, pero al menos conservas las tierras de Derrelict Plains.

—Que no tienen el menor valor —dijo ella tristemente.

—La tierra está siempre en su sitio y es algo sólido —contestó Boston con acento enigmático—. Bueno, tendrás que dispensarme, pero debo marcharme.

—Espera un momento —rogó ella—. Tú has hecho muchas cosas para vengarte de Halloran, pero eso no te impedía... Bueno, no sé cómo decirlo; me pondría colorada.

Boston sonrió.

—Formaba parte del argumento de la comedia —contestó.

—Pero actuabas de un modo real.

—¿Por qué no? Aunque se diga muchas veces lo contrario, lo cierto es que el placer y los negocios pueden mezclarse de forma muy satisfactoria.

Kitty meneó la cabeza con fingida pesadumbre.

—Dime una cosa, Larry. ¿Siempre serás así? ¿No cambiarás algún día?

—Sí, cambiaré.

—¿Cuándo?

—El día en que me permitas tener acceso a tu dormitorio.

Ella lanzó una ahogada exclamación. Larry volvió a sonreír y se dirigió hacia la puerta. —¡No lo conseguirás nunca, canalla!— gritó la joven, cuando Boston atravesaba el umbral.

Salió a la calle. Había un hombre apoyado en su coche y se puso en guardia instantáneamente.

—El jefe quiere verte, Larry —dijo el sujeto.

—Está bien, vamos allá.

Big Jack Fulbertson alargó la mano, mientras miraba al joven fijamente.

—La agenda, Larry.

—Prometí devolvértela a cambio de información —recordó Boston.

—Tengo esa información —dijo Fulbertson.

—¿Vale la pena?

—Sí.

Boston sacó la agenda y la dejó encima de la mesa. Fulbertson respiró aliviado.

—No has descifrado nada, supongo.

—En absoluto, Big Jack.

El índice de Fulbertson golpeó repetidas veces la cubierta negra de la agenda.

—Hay aquí muchos nombres importantes —confesó—. Casi todo el mundo cree que presto dinero a pobres que no pueden recurrir a un banco, y a veces es así, pero mi negocio no está precisamente en los préstamos de cincuenta dólares al veinte por ciento semanal. Te sorprenderías si supieras la cantidad de gente importante que viene a mi cuando están necesitados de «pasta».

—Cuando te quité la cartera, llevabas casi seis mil dólares.

—Hago los préstamos en efectivo, es más conveniente y no deja rastros.

—¿Qué pasa si alguien se niega a devolverte el préstamo, en las condiciones acordadas?

—Le cuesta mucho más caro —dijo Fulbertson, sonriendo torcidamente—. Algunos lo intentaron y aún lo están lamentando.

—Les envías unos matones... Como a mí.

—No, no, en absoluto. Esa clase de personas son muy orgullosas y tienen un miedo espantoso al escándalo. Naturalmente, no puedo obligarles a que me devuelvan el dinero, pero la noticia se divulga,

la gente se entera de que no son lo que aparentan, pierden el crédito... En fin, los riesgos son prácticamente inexistentes. Y a ti sólo pretendía darte un buen susto.

—Es una faceta de tu «profesión» que no conocía en absoluto —declaró el joven—. De todas formas, no me importa; no soy tu cliente ni pienso serlo. Pero, si no recuerdo mal, creo que habíamos hecho un trato.

—Ah, sí, los documentos robados. Ya sé dónde están.

—Interesante —dijo Boston.

—Además, he averiguado algunas cosas que supongo tienen interés para ti. Boston emitió una ligera sonrisa.

—Big Jack, tú estás jugando al «suspense» conmigo. Cualquiera diría que quieres verme morir aquí mismo de un ataque cardíaco.

—Pues mira, pensando en la jugada que me hiciste, no me disgustaría en absoluto. Pero, aunque no lo creas, soy honrado en mis tratos. —Voy a llorar, Big Jack— dijo el joven sarcásticamente.

—Hablo en serio —gruñó Fulbertson—. Los documentos están en poder de Hilda Benger.

—Casi me lo suponía, pero quería que alguien me lo confirmase. ¿Algo más, Big Jack? —Sí. Éste es un asunto que inició Bengy Keogh, pero, no sé cómo, Halloran ha metido sus zarpas y puede resultar muy peligroso.

—¿Para quién?

—Para todo los que tienen algo que ver con el caso. Ten mucho cuidado, Larry. Yo ya no puedo hacer más por ti. Te lo aviso sinceramente, ¿comprendes?

—Gracias, Big Jack. ¿Eso es todo?

Fulbertson le miró de una forma muy peculiar. Boston se sintió intrigado.

—¿Por qué me miras así, Big Jack?

El gordo lanzó un profundo suspiro.

—Tienes todo lo que yo desearía y no puedo conseguir, ni siquiera gastando mi capital íntegro —se lamentó—. Joven, apuesto, las mujeres se vuelven locas por ti... Daría cuánto poseo por ser como tú, Larry.

—Es posible, pero hay muchos que también te envidian —contestó Boston—. De todas formas, no te creas todo lo que dicen de mí.

—Es que... ¡dicen cada cosa!

—Publicidad, Big Jack, publicidad. Eso me resulta muy conveniente en ocasiones; me da hecha la mitad del trabajo y... Bien, ya hemos hablado bastante. Creo que nuestros tratos, en lo sucesivo, van a ser inexistentes y no volveremos a vernos. Adiós.

—Adiós —contestó Fulbertson.

Envidiaba sinceramente a aquel joven.

Y, sin saber por qué, le deseó un éxito completo.

CAPÍTULO XII

Kitty se sorprendió al ver que Boston volvía a verla al anochecer de aquel mismo día.

—No te esperaba —confesó la joven—. ¿Sucedó algo?

—Sí. Quiero que me acompañes a cierto sitio.

—¿Puedo saber dónde, Larry?

—En su momento —contestó él.

Kitty presintió que Boston iba a llevarla a un lugar donde se resolverían sus problemas y movió la cabeza en señal de asentimiento. —Permitirás que me cambie de ropa— solicitó.

—Desde luego, pero ten en cuenta que no vamos a asistir a una sesión de gala en un teatro. Usa ropas corrientes, por favor.

—De acuerdo.

Kitty subió a sus habitaciones y volvió a bajar un cuarto de hora más tarde, con un sencillo atavío y la cara casi limpia de maquillaje. El único detalle era un poco de carmín en los labios y algo de color en las mejillas.

—Me llevas a presenciar el desenlace de la comedia —dijo.

—El último acto —contestó él gravemente.

Asió el brazo de la joven y la empujó suavemente hacia la salida. Media hora más tarde se detenían ante la puerta de un lujoso apartamento.

Kitty vio sobre la puerta el nombre de Hilda Benger y se estremeció.

—¿Es necesario, Larry? —preguntó, temerosa.

—Sí. Procura esforzarte. —La creí mi amiga.

—Una amiga de verdad no habría procurado dejarte los bolsillos vacíos —dijo Boston acusadoramente.

La puerta se abrió en aquel momento. Hilda los vio y se puso lívida.

—Queremos hablar contigo —manifestó Boston.

Hilda vaciló un poco.

—Supongo que lo sabes todo —dijo al cabo.

—En efecto. Entra, Kitty.

Hilda se apartó a un lado. En el lujoso salón, al fondo, había un hombre, quien se puso en pie al ver a los recién llegados.

—Hola, Bengy —saludó el joven.

La nuez de Keogh subió y bajó varias veces.

—Ho... hola, Larry...

Bruscamente, Boston se volvió hacia la dueña del apartamento.

—Hay algo que nunca he comprendido —declaró—. ¿Por qué tuviste que recomendarme a Kitty, cuando ella notó la falta de los documentos?

—Bueno... me pareció que sería la forma mejor de disipar posibles sospechas... Además, y puesto que dices que ya lo sabes todo, pensábamos que el asunto estaría terminado antes de que dieras con la solución. Ella, por otra parte, no quería avisar a la policía. —Fue un plan estupendo, pero con un terrible defecto; aunque la culpa no es tuya, sino del idiota que está en aquel rincón —dijo Boston despiadadamente. —Por qué tuvo que mezclarse con Halloran, es algo que jamás llegaré a comprender, aunque a estas alturas ya me importa poco. Bengy, no me importa tampoco que quemes los documentos; a fin de cuentas, son unas falsificaciones excepto los títulos de propiedad de Derrelict Plains, pero incluso si se queman se pueden reproducir, ya que, al menos esta operación, fue legal, aunque el precio resultara un tanto exorbitante.

—Yo le dije a Hilda que te dejara de lado —se lamentó Keogh—. Podríamos fracasar y, en realidad, eso es lo que ha sucedido.

—Sí, esperabais medio millón, más el beneficio obtenido con la venta de aquel pedazo de desierto. Bengy, ¿por qué demonios tuviste que meter a un tigre como Halloran en el asunto?

—Yo no sabía que Lou Balphax era uno de sus hombres. Me enteré demasiado tarde.

—Claro, Balphax le tenía al corriente de todos los detalles de la operación. Pero cuando se vio en presidio y supo que no iba a percibir un centavo del negocio, amenazó con dar el «soplo» y entonces Halloran decidió suprimir un estorbo. ¿Me equivoco?

—En todo caso, no tenemos nada que ver con las operaciones de Halloran —se defendió Keogh.

—Sin duda te refieres al empleo de matones, pistoleros y demás.

—Sí, eso quise decir.

—Debieras haberte largado de la ciudad, en cuanto Halloran te puso la vista encima. Y a ti te digo lo mismo, Hilda. El que se alía con Halloran sólo tiene dos salidas: o hacer cuanto él le manda o acabar en el cementerio.

—Pensábamos marcharnos hoy mismo —dijo Hilda.

—¿Habéis quemado los documentos?

—Todavía no. Si Kitty no va a pagar, ¿para qué quemar unos papeles que no sirven para nada?

—Salvo el título de propiedad. Pero, aún así, esos documentos, falsificados, podrían costar muy caro.

—La operación de venta fue legal, aunque se pueda discutir el precio. Pero ella también tiene su parte de culpa, porque vendió acciones de una empresa que no vale nada —acusó Keogh.

—Yo me encargaré de solucionar ese asunto —dijo el joven—. Además, Kitty indemnizará a los tenedores de acciones, de modo que ya está suficientemente castigada por su ingenuidad. Claro que no conocía a dos buenos estafadores como sois vosotros y eso la disculpa por completo. Bien, creo que ya hemos hablado bastante. Los documentos, por favor.

Keogh fue a un rincón. Había un portafolios negro encima de una consola, lo cogió y se lo entregó al joven.

—Aquí está todo —dijo—. Puedes enviarnos a la cárcel, si lo deseas...

—Tienes que devolver el dinero que Kitty te pagó por Derrelict Plains —dijo Boston, inflexible.

Keogh suspiró. Dio media vuelta y entró en un dormitorio.

—Nos dejas los bolsillos limpios —se lamentó Hilda.

—Tienes el medallón que yo rescaté para ti.

—Te pagué cinco mil dólares...

—Vale diez veces más. Seguramente lo sacaste a alguna de tus víctimas, ¿no es cierto?

Hilda agachó la cabeza. Keogh salió en aquel momento con un paquete en las manos.

—Aquí está el dinero —dijo.

—No quieres complicaciones con los cheques, ¿verdad? —observó Boston sarcásticamente—. Bien, el asunto está zanjado y

Kitty no presentará ninguna denuncia, así que os podéis largar cuanto antes... y si es ahora mismo, mejor todavía, porque si Halloran se entera de que vais a levantar el vuelo, se pondrá muy furioso.

—Sí, me pondré muy furioso —sonó inesperadamente la voz del sujeto aludido.

Kitty lanzó un grito de susto. Boston se puso delante de ella, para protegerla con su cuerpo, al mismo tiempo que la hacía retroceder varios pasos. Halloran tenía una pistola en la mano, pero no había venido solo. Aubrett le acompañaba y también empuñaba una pistola.

En el rostro de Aubrett se advertían todavía las señales de los golpes recibidos en el tumulto. El ojo izquierdo estaba casi cerrado, pero el derecho emitía llamas de puro odio al mirar a Boston.

—En este negocio yo tenía parte —declaró Halloran—. Se habló de dos millones de dólares y no he visto todavía un centavo. No sé si conseguiré algo de dinero, pero una cosa es segura: nadie se burla de mí impunemente.

—Yo también tengo una cuentecita que saldar —intervino Aubrett—. ¿Sabes a qué me refiero, Larry?

Boston se encogió de hombros.

—Me divertí un poco a costa tuya —respondió.

—No volverás a divertirme más —gruñó Aubrett.

Halloran extendió la mano izquierda.

—Aguarda un momento, Fargo. Bengy y su fulana habían reunido una bonita suma de dinero en billetes. Quiero esa «pasta». Al menos, que mi trabajo no haya sido en balde.

—Tu trabajo —dijo Keogh despectivamente—. No hiciste nada, salvo ordenar a Balphax que colaborase con nosotros cuando enamoró a Kitty. Todo el trabajo lo hicimos nosotros dos, y Lou, claro, y ahora, ¿vienes a reclamar algo que no te pertenece?

—Si me permiten, diré que ese dinero no pertenece a otra persona que a la señorita Renshaw —terció Boston con cortés acento.

Kitty se sentía estupefacta y no estaba muy segura de hallarse despierta. «Lo estoy soñando y me despertaré en cualquier momento», pensó, al oír aquella serie de reproches mutuos.

—Conseguir que Lou formase parte de vuestra pequeña

organización fue algo que muy pocos habrían logrado —dijo Halloran—. Fue un toque de distinción, el hombre que precisamente necesitabais vosotros para desplumar a esta chica estúpida. Claro que Lou quiso luego sacar más tajada de la que le correspondía y por eso tuve que quitarlo de en medio...

—Nat —rezongó Aubrett—, creo que estamos perdiendo demasiado tiempo.

Deberíamos acabar cuanto antes. El dinero está aquí y eso es lo que importa.

—Tienes razón. Acabemos de una vez —convino Halloran, sonriendo perversamente.

De súbito, actuando de una forma por completo inesperada, Keogh lanzó un agudo grito y se arrojó contra Halloran. El hampón, sorprendido, estuvo a punto de perder la pistola, pero reaccionó, cuando ya el otro le sujetaba la mano y apretó el gatillo.

Keogh se estremeció horriblemente, pero no soltó la mano de Halloran. Éste forcejeó, mientras blasfemaba obscenamente.

Los dos hombres lucharon unos instante, yendo de un lado para otro de la habitación, contemplados por los espectadores de aquella escena con morbosa fascinación, como si ninguno de ellos pudiera apartar la mirada de la salvaje pelea entre los dos hombres.

Halloran volvió a disparar, y en el mismo instante Keogh le daba un golpe en la mano. La pistola detonó de nuevo.

Aubrett emitió un horrible chillido y elevó las manos a lo alto, mientras se tambaleaba espantosamente, con la garganta perforada por el proyectil. Casi en el mismo instante, Keogh, perdida ya las fuerzas, se desplomaba al suelo.

Entonces Boston, con tremendo ímpetu, lanzó el portafolios al rostro de Halloran. El hampón, pillado a contrapié, perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo.

La pistola se escapó de sus dedos. Intentó recogerla, pero Boston llegó antes y la apartó de un puntapié. Halloran, a pesar de todo, intentó levantarse. La rodilla del joven le golpeó en pleno mentón y volvió a caer de espaldas.

Boston se inclinó sobre el sujeto, quien ya no tenía ánimos para levantarse.

—Tú mismo me has proporcionado la ocasión que tanto buscaba —dijo—. Podría matarte, pero no lo haré, porque terminarías antes

de padecer... y quiero verte en la cárcel para el resto de tus días. Aunque es posible que no vivas mucho tiempo; allí, en el penal, hay más de uno que desea ajustarte las cuentas. La mía, por Nancy Peiton, ya está saldada.

Hundido por completo, Halloran, previendo el negro porvenir que le aguardaba, se cubrió el rostro con las manos.

Boston volvió la cabeza. Keogh y Aubrett yacían inmóviles en el suelo. Hilda estaba petrificada en un rincón, sin ánimos para emitir una sola palabra.

Kitty también se sentía muy impresionada, pero daba la impresión de reaccionar muy pronto. Boston apretó con la mano el brazo de la muchacha. —Voy a llamar a la policía— anunció.

Kitty en persona abrió la puerta y sonrió al ver a Boston en el umbral, con un enorme ramo de flores en las manos.

—¿Son para mí? —preguntó.

—Si prefieres tirarlas...

—Siempre serás el mismo —rió ella—. Anda, dámelas y luego cuéntame las noticias.

Supongo que no serán buenas, Larry.

—Hay de todo, como en la viña del Señor —contestó él—. Vas a perder bastante dinero, aunque no tanto como habías pensado en un principio. Desde luego, eres la legítima propietaria de Derrelict Plains, y eso sí que merece ser llamado buena noticia. La All Prospect Land, por mi orden, ha iniciado trabajos de prospección de las tierras. No hay oro, ni tampoco petróleo, pero sí creo que van a encontrar algo que es tan valioso o más. —¿Qué, Larry?— preguntó ella ansiosamente.

—Agua.

—¡Agua! —repitió Kitty, estupefacta.

—En una zona árida, el agua vale más que el oro y las piedras preciosas. Y así, si no quieres convertirte en agricultora, podrás vender Derrelict Plains a un precio muy satisfactorio.

—Habrà que esperar un poco, supongo.

—No tienes ninguna prisa. Todo lo demás está arreglado, incluso las indemnizaciones a los frustrados accionistas de la Investments Mining. Por supuesto, la sociedad se ha disuelto con toda legalidad, tal como te aconsejé. Pierdes tu parte de las acciones, pero ganas lo de Derrelict Plains y te ahorras medio millón.

—No está mal. —Kitty olió las flores—. Son preciosas, pero... ¿tienen un motivo especial?

—Sí, desde luego.

Boston metió la mano en el bolsillo y sacó un papel.

—Éste es un permiso escrito para entrar en tu dormitorio —dijo.

—Nadie sino yo puede conceder ese permiso y no te lo daré —protestó la joven.

—El juez ordena que concedas ese permiso —dijo él, imperturbable.

—¿Qué juez? Tampoco reconozco su autoridad.

—¿Quieres leer este documento? —rogó Boston.

Kitty paseó la vista por los renglones escritos.

—¡Es una licencia de matrimonio! —exclamó.

—Exactamente. Y si eso no es un permiso para...

—¡Basta, no sigas! Esa licencia indica que debemos presentarnos ante un juez.

—En efecto, así es.

—¿Cuándo, Larry?

Boston la agarró por un brazo y la empujó hacia la salida.

—¡Ahora mismo!

Cuando estaban en el coche, ella abrió el cristal de la ventanilla y lanzó algo a la calle.

—¿Qué es lo que has tirado? —preguntó Boston.

—La llave de la puerta de mi dormitorio —respondió Kitty.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

